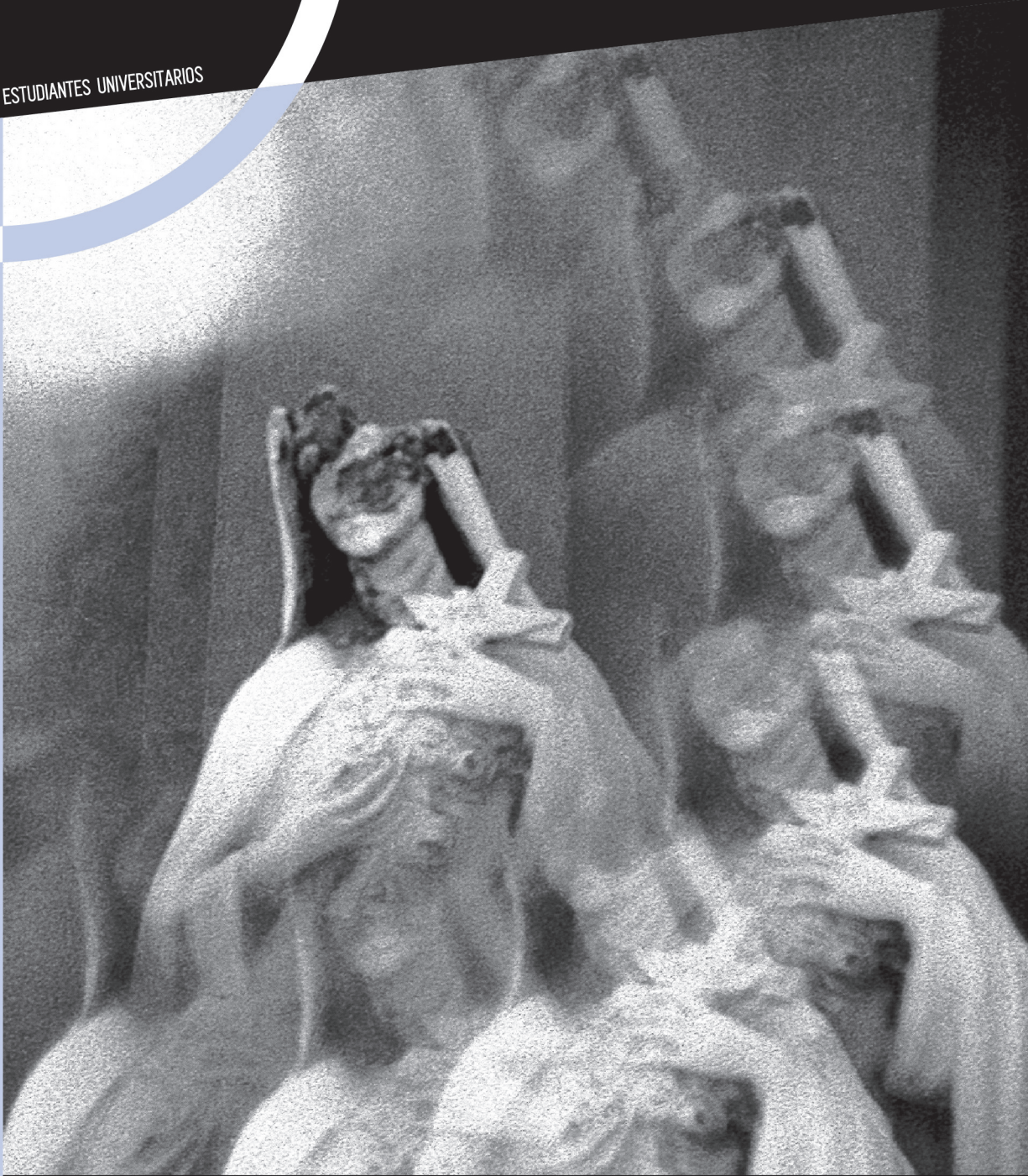


punto
de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 228
ISSN: 0188 - 381X

C
R
E
D
I
T
O
S



punto
de partida

No. 228

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez
**Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Redacción: E. Ramírez
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Diseño y dirección de arte: Jonathan Guzmán
Difusión: Axel Alonso
Impresión en offset: Litográfica Ingramex,
S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.

www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P_departidaunam

 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.

JULIO — AGOSTO

EDITORIAL

CREDOS

CARRUSEL

TINTA SUELTA

Editorial	5
<i>Qué incómodo es creer.</i> Rodrigo Rivera Vázquez	8
<i>Pintar una casa.</i> Emanuel Bravo Gutiérrez	11
<i>Génesis.</i> Pablo Feram	18
<i>El despunte.</i> Ofelia Ladrón de Guevara	20
<i>Del ateísmo a la astrología.</i> Joaquín Martínez Terrón	22
<i>Los habitantes de las estrellas.</i> Hugo Labravo	26
<i>Pequeñas cosas.</i> Dianna María Castañeda	34
<i>La cincóatl.</i> Itzel Espinosa Fuentes	36
<i>Deslumbre.</i> Jonathan Mirus	43
<i>Del sueño, las pesadillas y metamorfosis.</i> Yuliana Rivera	44
<i>Omniausente.</i> Emi G. Canchola	50
<i>Elohim.</i> Diana Verónica Olivos Mata	54
<i>Francisco Haghenbeck: reinventar mitos para los nuevos lectores.</i> Axel Alonso	55
<i>BICICLICA: mujeres montaña, las manos que traen vida.</i> Amanda Castro	59
<i>Sin espacio en la memoria.</i> Miguel Ángel Reyes	66
<i>¿Cómo va a ser una buena hija de María? Reseña de Una niña es una cosa a medio formar (2019) de Juan Medina.</i> Carolina Ulloa	69
<i>Un ciudadano del mundo.</i> Yokebed Islas	71
<i>Colaboradores</i>	75



Blanca Alaníz (Querétaro, 1989). Artista visual. Maestra en Artes Visuales egresada de la FAD UNAM. Obtuvo mención honorífica en el XXXIX Encuentro Nacional de Arte Joven (2019). Fue becaria del FONCA en Gráfica (2018-2019).



CONTRAPORTADA



Frida Sánchez Ríos Abarca (Berkanas) (Petatlán, 1988). Estudió Artes Visuales, Derecho y la maestría en Artes Visuales en la UNAM y UDK, Berlín. Su trabajo se centra en desacralizar el arte por medio de lo ritual femenino utilizando como medio pintura, dibujo, collage y otras magias. Ha expuesto en diversos recintos en la República Mexicana y Alemania.



Editorial

Las creencias son el mejor ejemplo de aquello que nos une y separa; marcan nuestra identidad, el sentido de la vida y la muerte, y cómo nos conducimos y relacionamos. Su importancia es innegable, y revela que la mayor dificultad de la condición humana es convivir desde esa diversidad radical, pues habrá tantos CREDOS como personas. Los textos y las imágenes que conforman esta edición son elocuentes en cuanto a lo que una generación piensa y siente respecto a ellos. Destaca el desencanto de las religiones y una tendencia a la iconoclastia; también se retoman las creencias populares y la búsqueda de otros modos de comprender nuestro lugar en el mundo.

Algunos autores hablan sobre cómo lo intocable se vuelve cuestionable. Es el caso del ensayo “Qué incómodo es creer” de Rodrigo Rivera Vázquez, quien desde su experiencia reflexiona sobre los conflictos que genera la contradicción entre la espiritualidad personal y las prácticas institucionales de una fe, o el cuento de Hugo Labravo, “Los habitantes de las estrellas”, en el que narra la historia de una civilización deslumbrada por la lectura de los astros, tanto que llega al extremo de controlar cada instante de su existencia y perder el horizonte. En una línea parecida, Yuliana Rivera hace en su ensayo “Del sueño, las pesadillas y metamorfosis” una lectura de las manifestaciones del inconsciente en el plano onírico como un indicador de que son nuestras acciones, y no el destino ni los designios divinos, las que han convertido esta tierra en un infierno.

Otras colaboraciones coinciden en la inevitable necesidad de encontrar algo en lo que creer, como el cuento “Pintar una casa” de Emanuel Bravo Gutiérrez, que recuerda cómo en un contexto capitalista es muy fácil aprovecharse de la vulnerabilidad emocional de las personas. El ensayo “Del ateísmo a la astrología”, de Joaquín Martínez Terrón, interpreta el éxito de la astrología como una alternativa para comprender las relaciones humanas y los sucesos, fenómeno en parte derivado de la desconfianza actual en las religiones monoteístas y de una ciencia poco cuestionada. Frente a ese desamparo, Dianna María Castañeda voltea la mirada hacia las “Pequeñas cosas” que nos pueden devolver la alegría que los “grandes intereses mundiales” nos arrebatan día con día.

También encontramos ideas variadas sobre el tema. “Génesis” es un poema de Pablo Feram sobre el acto creador desde la perspectiva del artista, una travesía de abstracción que va de lo más complejo de la naturaleza hasta las formas más simples. El poema de Emi G. Canchola, “Omniausente”, es un reclamo ante el abandono de las manos en las que nos dejamos, mientras que el de Jonathan Mirus, titulado “Deslumbre”, sitúa la luz y la calidez del sol como lo que rige el ritmo de los



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



RESEÑA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA

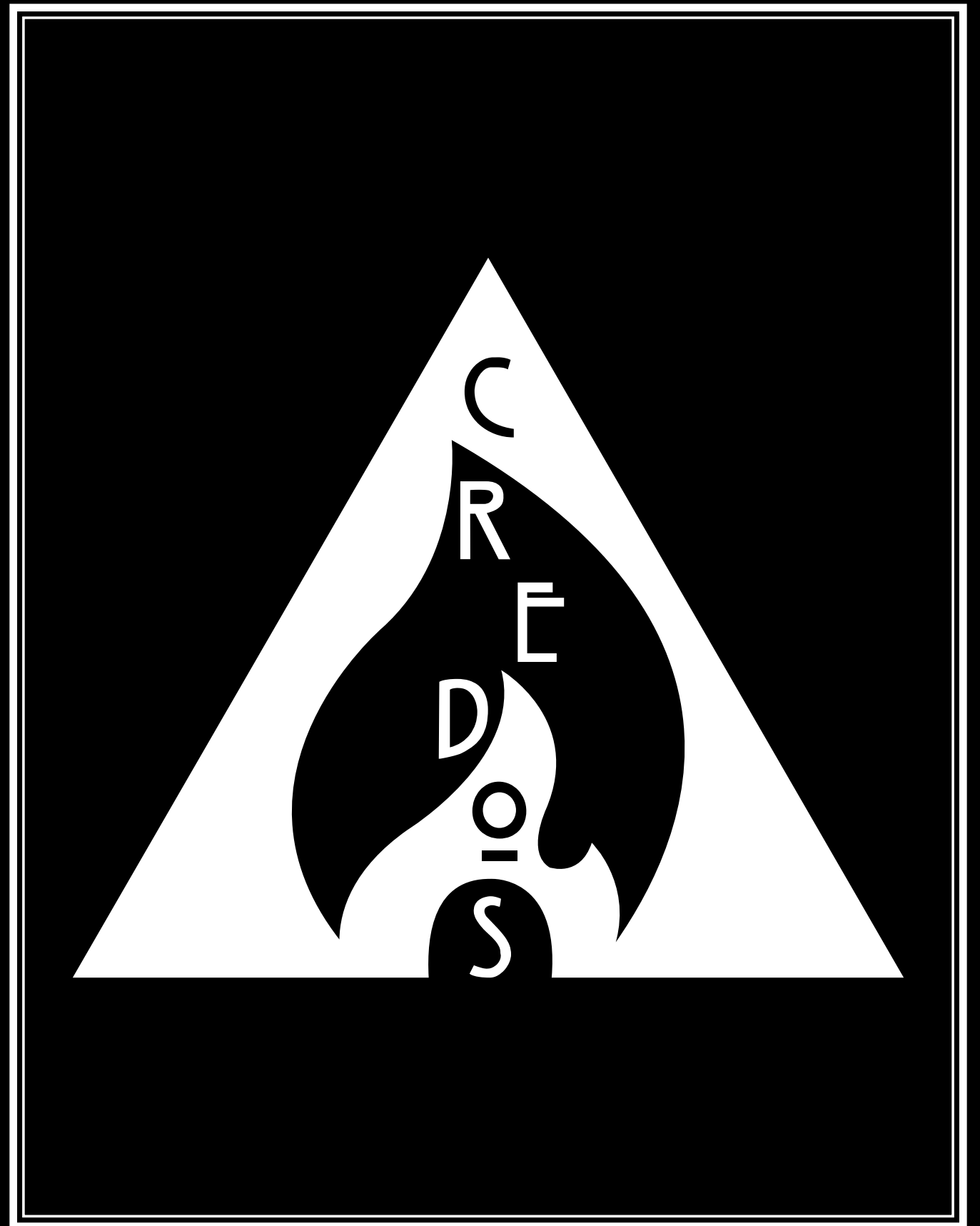
días. Itzel Espinosa Fuentes es autora de “La cincóatl”, un cuento cuyo argumento son las creencias populares en torno a la maternidad, y Ofelia Ladrón de Guevara nos comparte “El despunte”, una narración en la que el ritmo de cada corte acompaña la incógnita sobre el azar, el destino y todas las posibilidades que esconde un solo movimiento.

En *Cuentagotas* los poemínimos de Diana Verónica Olivos Mata juegan con el sentido del tiempo y de lo divino con un toque de ironía. *Heredades* es un homenaje doble al historietista y guionista Francisco Haghenbeck: un texto de Axel Alonso y retratos hechos por Jorge Ponce al estilo del cómic reflejan lo entrañable que fue el autor para la comunidad de la novela gráfica. Para *Entre Voces* Amanda Castro entrevistó a María Paola de la Torre, quien ha dispuesto sus oídos, su energía y sus manos para continuar la labor de las parteras tradicionales en América Latina. En *Bajo Cubierta* la primera reseña es “Sin espacio en la memoria”, de Miguel Ángel Reyes, y la segunda, de Carolina Ulloa, es sobre la puesta en escena de *Una niña es una cosa a medio formar* dirigida por Juan Miranda, una adaptación de la novela homónima de Eimear McBride. *Tinta Suelta* presenta un cómic de Yokebed Islas titulado “Un ciudadano del mundo”.

En la parte gráfica, que resalta también por su tono iconoclasta, pagano en algunos casos, y documental en otros, contamos con obras de Frida Sánchez Ríos Abarca “Berkanas”, Blanca Alaníz, Carolina Caballero, Yola Reyes, Valeria Cordero Yunes y Amaya Salinas Giner.

Los credos se mueven como el oleaje, y en ese ir y venir las personas se reapropian de ellos, los actualizan o los rechazan. Y ustedes, ¿en qué creen?

Aranzazú Blázquez Menes





📷 Carolina Caballero (colaboración con Naiki Sánchez y Erandi Flores). De la serie *Virgenes*

Qué incómodo es creer

RODRIGO RIVERA VÁZQUEZ

“¿Quién de aquí es creyente?”. Ésta fue una de las primeras preguntas que nos hizo el profesor de Literatura cuando mi generación entró a la licenciatura. Con tantos años de distancia ya ni siquiera me acuerdo del contexto de la pregunta, pero la incomodidad de ese momento la sigo recordando hasta hoy. No hizo la pregunta en un tono amable, era más bien un reto al grupo, o por lo menos así lo sentí durante el minuto que la clase permaneció en silencio. Al final, un par de manos, incluida la mía, se alzaron, y el profesor nos miró con una sonrisa, mezcla de burla y superioridad.

Guardo este recuerdo como uno de los primeros momentos en que me sentí verdaderamente incómodo con mi fe. En un país donde casi el 80% de su población se dice católica, y al pasar buena parte de mi vida en un pueblo, era muy raro sentirme fuera de lugar al reconocer mis creencias. Sin embargo, a partir de entonces la sensación no desaparecería, y después de un par de meses en la facultad esa incomodidad dio paso a la vergüenza.

¿Qué significa avergonzarte de tus creencias? No es tanto como tenerles miedo o sentir que te persiguen por ellas. Quizá es verlas como algo que tiene que ser escondido, como un lugar que tiene que ser evitado, un chiste del que hay que reírse. En los mejores días tal vez es aceptarlas, pero sin hacer mucho escándalo, dando pretextos como se dan disculpas.

Para mi fe los primeros semestres de la carrera fueron los más difíciles. Durante ese periodo el eje de

mi formación era tener un panorama de la historia latinoamericana, lo cual, inevitablemente, también implicó estudiar las atrocidades de la Iglesia, de mi Iglesia. Colonialismo, patriarcado, racismo, corrupción, dictaduras, encubrimientos, masacres, violaciones, machismo, pedofilia, paternalismo, asesinatos. Una a una se fueron sumando las certezas de que las personas que decían creer lo mismo que yo eran responsables directas de por lo menos una parte importante del sufrimiento de millones de seres humanos. Pasado el tiempo ya no eran sólo los libros o los artículos quienes me recordaban esta responsabilidad: también mis compañeros y compañeras sacaban el tema en los pasillos, en las marchas y hasta en las fiestas. Mientras, a mí me tocaba guardar silencio, porque ¿cómo negar la culpa?

¿Qué significa sentirse culpable por creer? No en ese sentido escatológico de algunas teologías cristianas que obligan a percibir al cuerpo como el origen del pecado. No, sino sentir culpa porque ese conjunto de ideas, de certezas, que le dan coherencia a tu vida, han sido utilizadas durante siglos para justificar actos que harían vomitar a Jesús. Los sentimientos de culpa y vergüenza los sentía como un dolor de estómago cada vez que se tocaba el tema de la Iglesia en la universidad. De repente, en la carrera aparecían un Bartolomé de las Casas, unos jesuitas en Paraguay o un monseñor Romero que me daban un respiro, pero su excepcionalidad sólo me confirmaba el oscuro papel del catolicismo en la región. Afuera de la facultad era otro cantar porque había una comunidad a la cual volver, una comunidad que, sin negar la

📷 Yola Reyes. Pedro Gailo





responsabilidad de la Iglesia, busca construir otra iglesia posible.

Fue una amiga de la carrera y de la comunidad quien me prestó las memorias de Ernesto Cardenal. En esos momentos, encontrarme con Cardenal, con su poesía y testimonio, fue como hallar el abrazo de un amigo, y ese amor y ese fuego fueron un faro para mí. *Porque no eres tú un Dios amigo de los dictadores.* Conocerlo me permitió entender que puedo mantener la dignidad en un lugar donde las personas, aunque expertas en grandes reflexiones y críticas, muchas veces son incapaces de entender o empatizar con la fe de miles de pueblos y personas. Una fe que es y no es la misma de las jerarquías de la Iglesia que *se sienta en la mesa con los gánsters y con los Generales en el Consejo de Guerra.* Yo sí creo que Dios me habló en la voz de Ernesto, y sus palabras fueron un cariñoso refugio para mí.

¿Qué es creer, pero no creerlo todo? Porque no se puede estar de acuerdo con las palabras de una jerarquía de hombres que defiende los dogmas que rebajan la dignidad de las personas a extremos absurdos y dolorosos. Una jerarquía que también ha pasado por alto lo más básico del mensaje que, dicen, le da sentido a su existencia.

Sí, soy católico, pero creo que las mujeres pueden decidir sobre sus propios cuerpos y que ellas deberían tener más protagonismo en las iglesias. Sí, soy católico, pero creo que no vinimos al mundo a sufrir y que en el placer también encontramos a Dios. Sí, soy católico, pero creo que Dios nunca defiende gobiernos asesinos, y en cambio sí está del lado de quienes buscan justicia. Sí, soy católico, pero cercano a las teologías de la liberación y a quienes acompañan a las comunidades. Sí, soy católico, pero me caga Juan Pablo II.

Creo, pero siempre estoy dando explicaciones porque no quiero que piensen que soy un mocho, porque no lo soy y nunca lo he sido, porque quiero marcar una distancia del catolicismo rancio que se encierra en los templos para hablar de Cristo y así no ver la injusticia que Jesús nos obliga a denunciar. Porque aunque sé que mi práctica religiosa trata de alejarse todo lo posible de la Iglesia jerárquica y patriarcal, sigo disculpándome por creer.

¿Qué significa sentir incomodidad por creer? Quizá, en parte, la incomodidad venga del mandato que nos exige volvernos seres racionales en todos los aspectos y momentos de la vida. El sueño de la modernidad. Una humanidad guiada por la razón para no caer en la tentación de las emociones o los sentimientos, mucho menos de las religiones. Porque son el opio del pueblo, felicidad ilusoria que necesita ser rechazada para alcanzar la felicidad real, diría Marx. Dicho así parecería que el destino de la persona creyente es terminar en el fanatismo, que se encuentra a dos pasos del terrorismo o de la barbarie. Aunque terroristas sean también los Estados que se dicen modernos.

De cierta forma agradezco la incomodidad que me genera creer en un Dios, porque me ha enseñado que nada es seguro, que ninguna verdad, religiosa o no, debe colocarse en un pedestal que la convierta en dogma. Ya no sé en qué catolicismo creo o qué venga después, pero por ahora decido quedarme con estas creencias maltrechas que me han permitido construir comunidad ahí donde sólo había soledad. Creencias que me han ayudado a entender el dolor de la muerte, pero que también me han dado la certeza de la esperanza en la vida. Para mí es revelador, pero también obvio. ¿Qué no creerle a Jesús es justamente esto? **P**

Pintar una casa

EMANUEL BRAVO GUTIÉRREZ

Para Liz y Tere Jasso, que inspiraron esta historia

I

¡U nos ángeles, unos verdaderos ángeles!, solía repetir Magdalena para todo aquel que preguntaba por ellos. Nunca los llamaba por su verdadero nombre.

Miguel y Uziel, se habían presentado así la primera vez. Tan parecidos que ella preguntó si no eran hermanos, y ellos respondieron que no. Llegaban los miércoles. Magdalena sentía que hasta el aire se volvía tibio, el corazón le latía apresuradamente como hacía tantos años no le pasaba. Poco antes se ponía a ver la televisión: el programa matutino de cocina de Alberto Magnan o alguna telenovela turca. No veía noticias, las noticias la ponían mal. Los visitantes eran su único pensamiento, y no se podía estar quieta aunque tratara. De pronto, sonaba el timbre. Magdalena contenía la prisa, aparentaba una tranquilidad inmotivada. Abría la puerta. Ahí estaban ellos. Los dos divinos, resplandecientes con la blancura de sus ropas.

II

Sonaba el teléfono. Joaquín solía responder al tercer o cuarto llamado. Tras los saludos, Magdalena preguntó por su nieta.

—Quiero felicitarla por su cumpleaños.

—Es mañana —respondió Joaquín.

—Lo sé, pero quería ser la primera. Tiene casi un año que no me la traes.

—Ya se fue a dormir, mamá.

—Despiértala, sólo para cantarle las mañanitas.

—Mejor mañana. Si la despierto ahorita va a costar que vuelva a agarrar el sueño.

—Ándale, de rapidito.

—Es tarde. Si quieres, yo le digo que tú le hablaste. Descansa, mamá.

—Hoy me visitaron —expresó Magdalena tras una larga pausa.

—¿Ellos?

—Ajá.



Blanca Alaníz. De la serie *Dios sobre la Tierra*

- Te visitan muy seguido —pronunció Joaquín con tono irónico.
—Me gusta que lo hagan.
—No sé.
—Son amables.
—Lo son porque quieren tu dinero. Todos son así.
—Nunca me han pedido nada.
—Lo harán.
—No es cierto. Me gustaría que los escucharas. Hablan de cosas santas.
—Si yo estuviera ahí les pediría que no entraran a tu casa.
—¡Sí, pero no estás aquí!
—Mamá, no comiences con eso. Julia sigue delicada. Es más, ni sé por qué tengo que darte explicaciones, ya te he contado todo.
—Lo sé. Lo que pasa es que... Despiértame a la niña. Quiero escuchar su vocecita.
—Mañana, mamá. Yo te hablo, te lo prometo.

III

Eran dos jóvenes altos. Vestían pantalones de casimir color crema bien planchados, camisas blancas de manga corta con un bordado de un águila

en el pecho, y debajo unas siglas que Magdalena no alcanzó a distinguir. ¿Serán testigos de Jehová?, se preguntó al notar que los jóvenes traían un libro de pastas negras y canto plateado en la mano. O quizá eran mormones. Les dijo que estaba ocupada. Esa mañana había ido a la ferretería a comprar seis litros de pintura blanca para la casa. También compró brochas y un rodillo. Sin embargo, no tenía ni idea de cómo empezar. Los jóvenes se prestaron a ayudarla. Al final, tuvo que darles la razón. No podría pintar la casa sola, o no en el tiempo planeado. Joaquín vendría a quedarse durante las vacaciones. Él, su mujer y la niña. Magdalena se había propuesto arreglar todo lo que podía arreglarse en la casa. Y ahí estaban aquellos visitantes, tan convenientemente solícitos. Al final de la tarde, le dejaron un folleto que ella no pudo leer porque se aburría al tercer párrafo y lo dejó respetuosamente en la mesita. Magdalena prefirió escucharlos, tenían una voz cadenciosa cuando le leían y sonreían en todo momento. Eran apuestos, no cabía duda, pero ella jamás habría reconocido tal cosa frente a su hijo, o inclusive frente a sí misma. Fueron aquella tarde y las siguientes. Con un trozo de lámina rasparon los restos de pintura hasta dejar desnudas las paredes. Así debía ser la labor divina, comentó al final de la jornada Miguel. Dios debe limpiarnos de nuestra antigua naturaleza para que se imponga una nueva, pura y resplandeciente. Las palabras conmovieron a Magdalena y las compartió después con Joaquín. Pintar la casa representaba una metáfora de la renovación espiritual, ¿quién lo diría?, repitió con fascinación. Durante toda su vida se había mantenido alejada de la religión, jamás le había pasado por la cabeza enarbolar una devoción que en otras personas de su edad siempre juzgó de hipocresía. No obstante, la vida avanzó apresuradamente tras el matrimonio de su hijo. Joaquín se fue lejos. El esposo de Magdalena, por su parte, sufrió una embolia que lo mantuvo en el hospital dos semanas. El entierro. Las visitas que frecuentaron la casa para dar condolencias y que, tan pronto llegaban, se iban llevándose el eco de sus palabras llenas de una extraña compasión. Magdalena tenía prendida la tele todo el tiempo para que las habitaciones no se cubrieran de ese silencio que le martilleaba la cabeza y que, en ocasiones, le hacía pensar si no era mejor vender todo e irse a vivir cerca de Joaquín. Él en cambio, se mostraba reacio a esa opción, pese a tener que ser padre, y a los cuidados que su esposa necesitaba a raíz del dificultoso parto que casi la dejó en coma. Aunque la vida sea complicada, puedo arreglármelas yo solo, apuntaba él con firmeza. Es lo que más le dolía a ella, que su hijo no quisiera necesitarla, entre eso y el vacío que le provocaba la memoria de su esposo surgía la pregunta inevitable: ¿qué me resta por vivir, cómo llenar las horas? Más tarde llegó a reconocer que lo que sucedió después fue motivado por esa debilidad que le invadía (como posteriormente muchos en la congregación declararon para los noticieros), eso que la hizo estar tan propensa a la sonrisa fácil de Miguel y de Uziel, una especie de enamoramiento y de venganza contra Joaquín. Los jóvenes le

hablaban de “Las alas de águila” y ella se dejaba envolver por el discurso que describía cómo aquel centro de fe ayudaba a todo el que necesitara consuelo espiritual.

—Comprendes que es lo mejor que puedes hacer con tu vida —dijo Miguel.

—Debería ir con nosotros un día —continuó Uziel mientras se acomodaba en la silla de la cocina—. Podría acompañarla su hijo, su nuera. Van familias completas, se lo aseguro.

—Quizá después —respondió Magdalena. No les había dicho que Joaquín vivía en otra ciudad. Tenía cierta reserva a confesarles que vivía sola en la ciudad, no por temor, sino por propia dignidad. No quería que le tuvieran lástima.

—Con eso no queremos decir que la estamos obligando —agregó Uziel con una sonrisa franca, como si le hubiera extendido su mano para que la tomara.

Terminaron de pintar las paredes del exterior, y luego lo hicieron con el interior de cada una de las habitaciones. La tarde siguiente Magdalena se decidió a visitar aquel edificio nuevo ubicado a las afueras, tenía un diseño que parecía una mezcla de nave espacial y palacio maya. Se dejó llevar por la atmósfera de calma que desprendía la ceremonia. El líder se encontraba en una plataforma elevada con forma de flecha, su rostro sereno, iluminado. Las manos en alto de todos los fieles, las oraciones susurradas a la manera de cada uno. Cerró los ojos y buscó con fervor aquello que parecía conducir el alma de cada uno de los presentes. Qué podía decirle a Dios, contarle de su soledad, del vacío que no la dejaba dormir por las noches.

Miguel se acercó, le preguntó si podía orar por ella.

—Sí, hijo, por favor —respondió Magdalena con lágrimas en las mejillas.

IV

—Te vas a sorprender cuando veas la casa, ya nada más dime qué día vienen todos.

—No creo, mamá. No te pude hablar ayer porque llevé a Julia al médico. Lo mejor será que tú vengas. Te pagaré los boletos de autobús. Tu nieta estará feliz de verte.

Magdalena repasa esta conversación durante el trayecto, lo había hecho los días anteriores. Si lo pensaba un poco, podía llegar a la conclusión de que era ridículo dolerse por algo así. Incluso llegar a tomar la decisión de fotografiar la casa, enviar la foto por correo para que Joaquín la viera. No lo hizo, por supuesto. Habría sido infantil. De hecho, ahora las cosas no iban tan mal. Asistía a las reuniones todos los domingos y, a veces, también los martes. Es usted una verdadera devota, afirmaba Uziel al encontrársela en el templo, ella era siempre de las primeras en llegar. Se



Valeria Codero Yunes. *Plegarias en silencio*

ofrecía para limpiar las alfombras, colocar los libros sagrados en los atriles. Le gustaba recibir la atención de la congregación, que contemplaran su constancia, su entrega silenciosa. Y cuando llegó el momento, el líder anunció que había organizado un retiro espiritual, era importante que los miembros más nuevos estuvieran presentes. Unos días en una antigua hacienda. Sería maravilloso que ella pudiera ir. Tenía un costo elevado, pero era para cubrir la estancia.

El autobús hace una parada en una estación. Algunos pasajeros aprovechan para comprar botellas de refresco, galletas; otros van a los sanitarios, Magdalena entre ellos. Hace un calor terrible, abre la llave y deja que el agua le resbale desde los antebrazos. En el espejo del baño atisba a una joven, una de los pasajeros que viene con ella. Se ha recargado contra la pared. Es bastante guapa, tiene la piel clara y el cabello en un peinado ondulado con flequillo. Cuando alza la mirada es imposible no notar en ella cierta aprehensión. ¿Qué le pasa?, se pregunta Magdalena al salir. El chofer anuncia que continuará el trayecto. Los pasajeros vuelven al vehículo. Magdalena se acerca a la entrada y vuelve sus pasos hacia el sanitario, la joven sigue ahí, le pregunta si no subirá. Ella tarda en responder, pero al final acepta con un gesto de resignación.



—Usted es Magda, ¿verdad? —pregunta la joven.
 —No, es Magdalena —corrige ella.
 Durante el camino recibe un mensaje de Joaquín:

Avisame cuando estés cerca para ir por ti.

Ella responde con un “Está bien”. Duda si agregar algo más. De todos modos, ya no puede hacer otra cosa. Mira por la ventana. Apaga su celular.

Sí, serán unos días maravillosos.

V

Los días en el retiro son una serie de ceremonias, lecturas en voz alta, comidas grupales, actividades deportivas para los jóvenes, relatos de testimonios y bautismos dentro de un río. Magdalena se bautiza el primer día. Se siente renovada, la gente aplaude cuando sale de las aguas. Su cuerpo tiembla, se siente ligera.

El último día del retiro hay varias actividades simultáneas. Magdalena opta por la ceremonia celebrada en la angosta capilla ubicada tras una morera. Ya hay gente ahí dentro para cuando Magdalena se acerca. Fuera, Miguel y Uziel reciben a los que llegan. Hace días que no los ha visto, es más, ni siquiera sabía que estaban en el retiro. Ella los saluda, pero ellos no devuelven las palabras, es más, lucen desconcertados.

—¿Por qué viniste? —pregunta Miguel.

—La capilla está cerca de mi habitación.

—Pero tú no puedes entrar.

—¿Por qué?

—Es sólo para jóvenes —se adelanta Uziel, quien va hacia ella. No miente, Magdalena ve que dentro no hay gente mayor.

—Escucharé la ceremonia desde aquí, entonces.

—Lo mejor será que vayas al auditorio, en el patio también hay algo, es más, te acompaño —responde Miguel, extendiendo la mano para tomarla del brazo. Por más que sus palabras suenan educadas, es imposible no notar la urgencia en su mirada.

—No te preocupes, iré sola —Magdalena retrocede. Se retira en contraflujo de los últimos asistentes. En cuanto el sitio se llena, Miguel y Uziel cierran las puertas.

VI

Han pasado ya tres meses desde el retiro. Joaquín sigue enojado con su madre. Cómo es que no me dijiste adónde ibas, la regañó durante varios días. Magdalena se siente culpable. A veces sale de casa, pero ya no va al

templo. Tampoco ha recibido visitas. A las ocho ve una telenovela turca, la historia se desarrolla en Capadocia, los paisajes son ahora el principal motivo por el que la ve. Con un poco de imaginación, su casa de paredes blancas se parece a esas chimeneas de hadas.

Mientras va a la cocina escucha que el teléfono suena.

—¿Estás viendo la televisión? —pregunta Joaquín con voz alarmada.

—Sí. ¿Por?

—Pon las noticias.

Joaquín le indica el canal. La pantalla muestra una serie de imágenes que Magdalena reconoce. El logotipo de “Las alas de águila”, la fotografía del líder, un video de él siendo trasladado a una camioneta de la policía, imágenes borrosas que muestran un cuarto de paredes sucias, una vista aérea de la hacienda “donde ocurrieron las violaciones”. El presentador narra el *modus operandi* de la organización, luego un titular que enmarca las fotografías de Miguel y Uziel. Son ellos, definitivamente. Una voz anuncia que siguen prófugos; abajo, en la pantalla, aparece un número habilitado para las denuncias.

—Mamá, ¿esa gente era la que te iba a visitar?

Magdalena no responde. Observa que una joven es entrevistada. Es la joven del flequillo que se escondía en el sanitario, ahora luce demacrada. Cuenta cómo la encerraron, los golpes, el abuso sistemático de su cuerpo. En algún punto Magdalena deja de escuchar, recuerda el momento en que volvió por ella. Quizá presentía algo y por eso no quería subir al autobús.

—¡Mamá, responde!

Sí. Eso debió ser. Con cuánta ternura la había conducido al vehículo. Si no lo hubiera hecho, la joven no estaría narrando su martirio. Recordó también el momento en que Miguel y Uziel le impidieron el paso a la capilla. Es probable que la joven estuviera entre los presentes, ahí debieron interceptarla. Era una verdadera lástima. Por qué tenían que ser ellos. Qué daría por tenerlos ahí de nuevo, comiendo en su mesa, tan buenos chicos. Había que ver lo mucho que se preocupaban por ella, la manera tan bonita en que pintaron las paredes. Un blanco impoluto.

—No, hijo. No son ellos —respondió Magdalena.

Joaquín agradeció aliviado. Continuó con una disertación sobre lo violentos que son los tiempos actuales. Había que tener mucho cuidado con las personas a las que se les abría la casa, más una mujer sola como su madre. **P**



Génesis

PABLO FERAM

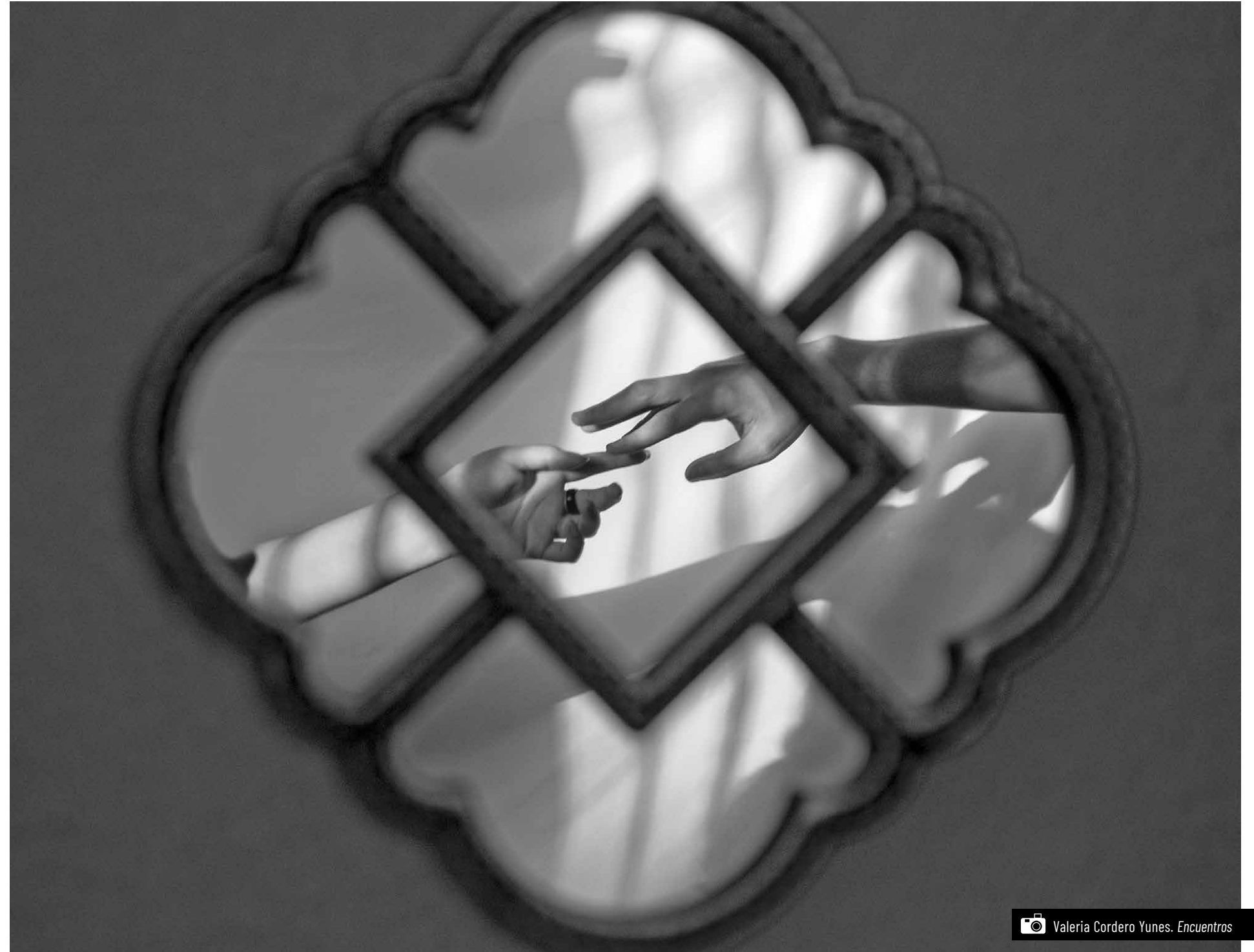
Ante el abismo, en el comienzo,
un cielo con su tierra.
Aparición de pastizales y montañas;
un mito que los devuelve
en un ciclo eterno:


cada mañana, por el poniente:
lámpara circular de fuego.
El deseo, el calor y la sed
y entonces la semilla,
el fruto y la sangre,
Luz eterna

que varía en espejo:

cielo que refresca y se agita
con el insistir del viento,
y se extiende por toda la tierra,
hasta que se halla en un rostro
y en un cuerpo desnudo

y se apena y se cubre
(con una hoja del Árbol gris)
de ti, Mondrian, y de sí mismo,
también tú, desvanecido,
y que —no lo sabes todavía—
va a dejarse a una suerte
de dolores y de espinas,
de oscura ira y castigo;
de apenas alguna línea
del paisaje en que se halla todo lo visible
y lo invisible.



 Valeria Cordero Yunes. Encuentros



El despunte

OFELIA LADRÓN DE GUEVARA

Me miro en el espejo del salón de belleza, y me atrevo a preguntarme si seré la misma después del despunte. Las manos del peluquero se mueven de lado a lado con precisión, y con algo que para mis ojos es azar corta un retazo de cabello. Tengo fe en sus manos, pienso. De otra manera no hubiera esperado las semanas que me llevó conseguir una cita. Es que la otra vez, y la otra antes de ésa, el cabello me quedó de maravilla; pero hoy, ¿cómo quedará?

Me pone nerviosa que de repente ocurra un desliz. Mira cómo corta el cabello, es a ojo, con fe en que su experiencia y sus manos sabrán indicarle qué hacer. Pero si un desliz ocurre y me convierto en otra...

Veó mi rostro en el espejo, veó mis ojos, noto un aire ligero en mi semblante... Ahí, en este parpadeo, algo ha cambiado. Debo ser otra desde la vez anterior en que me corté el cabello. Nuevos libros leídos, plenilunios y caminatas. Ayer vi a un pequeño ratoncillo deslizarse por el césped de un parque, uno como nunca había visto. El peluquero toma un mechón de cabello, ahí está todo lo que he vivido, a su tacto y mi cabello los une no saber el desenlace. Y los plenilunios, y los libros, y las caminatas se mezclan en el movimiento de la tijera. El azar de nunca saber qué nos lleva a ser lo que somos y seremos.

El peine pasa por mi cabello. Me atrevo a mirarme, una vez más, en el espejo. ¿Quién seré después de este despunte? De entre todas las posibilidades, se me ocurre una: que me he quedado sin voz. Que ya no podré hablar de nuevo. Es que sólo en el preciso momento en el que se habla se sabe si es posible. No hay certeza, nunca, en saber qué sigue después: sólo fe, como las manos del peluquero. Puedo imaginarme ser tantas, pero únicamente hasta que termine lo sabré. Mientras tanto, una posibilidad: después del despunte, alguien en la calle me confunde y me saluda. Su contraria: alguien que me habría hablado, por el despunte, decide no hacerlo. Puedo ser muchas, y a la vez, sólo una cuando el futuro se convierta en presente.

El peluquero toma su brocha y sacude los restos de cabello de mis hombros y mi cuello. Toma un espejo pequeño y me enseña cómo quedó mi nuevo corte por detrás. Sonríó, ¿habré perdido mi voz? Salto de la silla y le estiro un billete para pagarle.

—Gracias —le digo.

Una de las tantas posibilidades se esfuma, pero la pregunta persiste. Y la calle con sus ires y venires la recibe. ●



Amaya Giner Salinas. *Luna en Virgo*



Del ateísmo a la astrología

JOAQUÍN MARTÍNEZ TERRÓN

Hace un par de meses abrí mi perfil en Tinder. Tenía poco de haber terminado una relación larga y, aunque me había prometido no utilizar las aplicaciones de citas, terminé por sucumbir a ellas al percatarme de lo reducidas que son mis capacidades relacionales. Después de aprender las dinámicas básicas de la plataforma empecé por fin a establecer conversaciones que excedían el simple saludo.

Hubo una persona que me interesó particularmente. Se llamaba Lía. Parecíamos tener muchas cosas en común, nuestras pláticas tomaban derroteros insospechados, lo cual me entusiasmaba y, aun más importante, eso era uno de los requisitos que ella consideraba indispensables para salir con alguien.

El inconveniente, porque siempre lo hay, es que Lía vivía en Tuxtla Gutiérrez y yo en la CDMX. Después de un mes de hablar diario decidí, en un arrebato de romanticismo idiota, ir a Tuxtla a pasar dos semanas en su casa. La historia termina como todas. Mal.

El principio del fin fue cuando ella me preguntó por mi día, hora y lugar de nacimiento. Y yo, que navego en Twitter y TikTok, sabía perfectamente que la pregunta tenía el objetivo de conocer signo, ascendente, luna y las distintas posiciones en mi carta astral. Mi negativa inicial derivó en una discusión larguísima donde terminé cediendo para enterarme de que en mi carta natal la Luna y Mercurio se encuentran en el signo de Tauro, lo cual se corresponde perfectamente con mi inflexibilidad y resistencia al cambio.



Valeria Cordero Yunes. *El poder de la fe, del proyecto Recordar duele, 2021*



Podría pensarse que el auge de la astrología que vivimos hoy es algo reciente. Pero ya desde los inicios de los años sesenta el crítico literario George Steiner observaba con desconfianza el apogeo de ésta y otras formas de interpretación alternativas como el orientalismo, el ocultismo e incluso la ufología. Para él, estos sistemas representaban simplemente un hambre de absoluto, una búsqueda por la trascendencia perdida con el retroceso de la religión varios siglos antes.

Que la religión dejó un vacío es algo que no es necesario repetir. Los sistemas de pensamiento que pretendieron llenar este hueco son algo mucho más interesante. No sólo lo hicieron modos de interpretación que podrían desecharse por irracionales; el mismo Steiner incluye en esta búsqueda al marxismo, al psicoanálisis freudiano y a la antropología estructural de Lévi-Strauss. Todos ellos sistemas de pensamiento con una ambición de totalidad que buscaban dar a la humanidad un lugar y un fin claros en el mundo.

A menudo, cualquier cosa con un dejo de religiosidad es calificada como retrógrada. El ateísmo se ha erigido como la cualidad moral de quienes se atienen a lo científico, lo racional y lo lógico. Inflan el pecho diciendo “eso no tiene bases científicas”, y se regodean en la suficiencia de encontrarse, según ellos, a la vanguardia del pensamiento.

La presunta superioridad de los ateos lleva consigo una serie de supuestos clasistas, racistas y colonialistas. Pensar que las sociedades profundamente religiosas se hallan en un estado de atraso, y que todos los grupos humanos deberían, en algún momento, alcanzar un estado de total secularización, es instaurar un criterio de homogenización que, además, tiene a las sociedades liberales occidentales como modelo.

En su libro *El fuego y el relato*, Giorgio Agamben cita una historia que narra el progresivo alejamiento de la



Amaya Giner Salinas. *Mis muertas*

humanidad del contacto con lo divino: el fuego. Pero de esa pérdida y ese olvido se puede contar la historia, y eso, dice Agamben, puede ser suficiente. ¿Suficiente para qué?

En un momento en el que los vínculos entre el poder y el saber científico son evidentes y estrechos, el interés por formas alternativas de ver el mundo adquiere un carácter ético. A diferencia de los saberes científicos, que se juzgan por lo que con ellos puede hacerse, la astrología, el tarot o la ufología están guiados por un afán de comprensión. Con ellos no se puede explotar un bosque, construir una presa ni ejercer poder sobre un grupo de personas.



Valeria Cordero Yunes. *La pequeña partícula que somos*



Valeria Cordero Yunes. *Altar del proyecto Recordar duele*, 2021

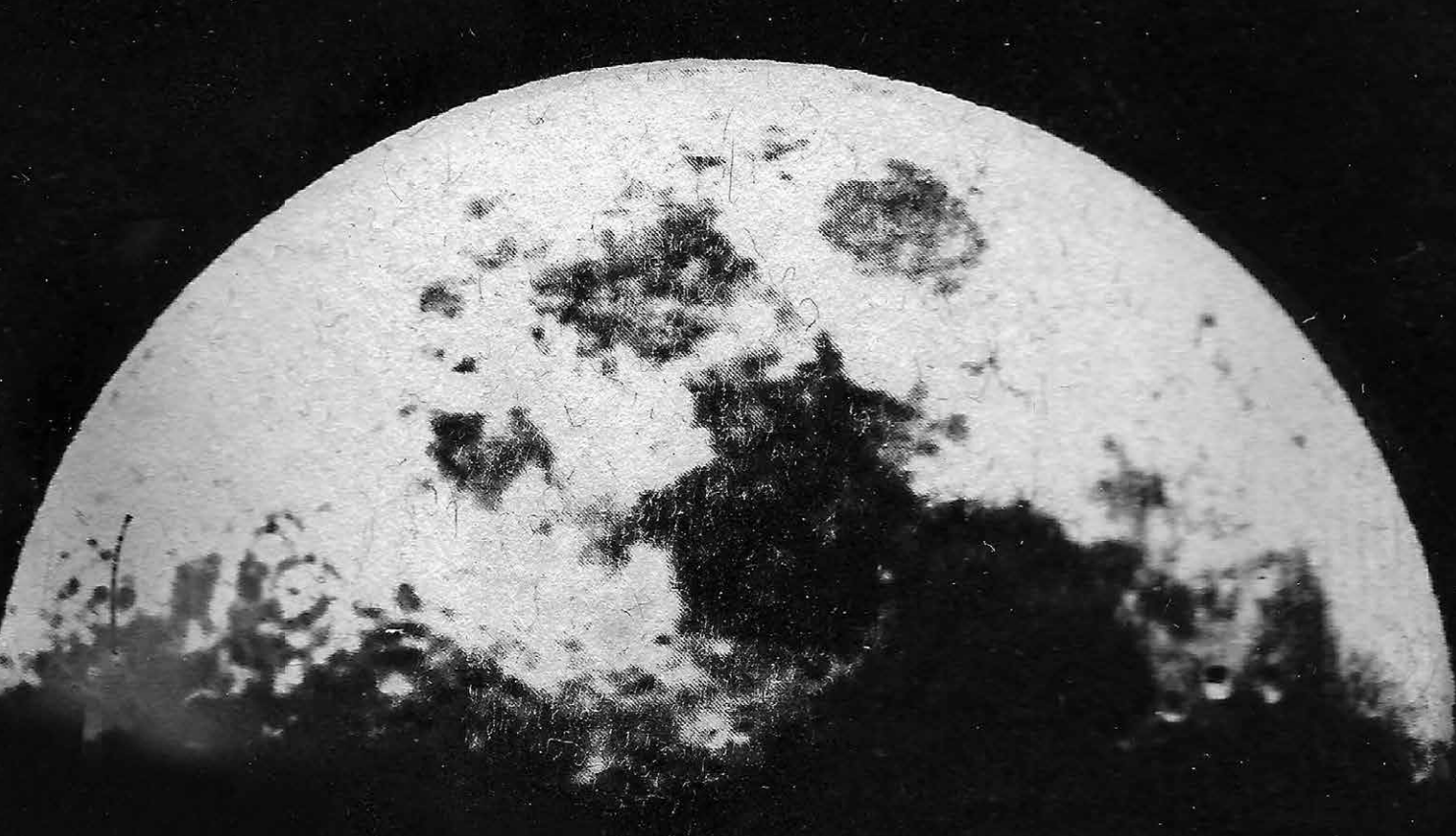
Las inquietudes metafísicas de siempre, que se interesan por descifrar el orden de las cosas del mundo, y cuyas respuestas antes eran establecidas por las religiones tradicionales, se encuentran hoy a la deriva. La ciencia se estableció como una forma de dar respuesta a estas cuestiones, pero después del siglo XX y ante la crisis climática puede que sea más razonable desmarcarse de lo científico para encontrar sentido.

*

Religión viene de *religare* que más o menos significa ligar. La imagen típica del relato que se cuenta alrededor de una hoguera en los albores de la humanidad incluye, a un tiempo, el vínculo de la colectividad, la narración y el fuego. Tal vez ése es el *suficiente* que refiere Agamben. Contar la historia de lo que olvidamos cumple la misma función que eso que se perdió. No contactamos con lo divino, sino con lo que siempre estuvo en el fondo.

*

Lía, ya entendí todo.



Los habitantes de las estrellas

HUGO LABRAVO

Cuentan que esta ciudad no siempre fue así, cuentan que tampoco se llamó siempre Citlallan. El nombre original está enterrado en un lugar perdido que a nadie le interesa buscar. Hay quienes recuerdan que era Mexcu, otros Daifi o Tinochtla, palabras que desde hace mucho carecen de sentido. En general es difícil obtener una respuesta concreta, pues para los citlaltecas el pasado es despreciable y las preguntas al respecto se consideran morbosas y de extremo mal gusto. El presente también es ninguneado por efímero, y sólo lo aprecian por su capacidad para crear el futuro. El porvenir es su única obsesión, y a su estudio dedican sus vidas enteras.

Analizan las estrellas. Son una comunidad de astrólogos en constante indagación de los cielos y de los movimientos etéreos del cosmos. Todo ciudadano conoce y practica la adivinación, y cada aspecto de su vida está regido por el poder infinito de los astros. Quienes, por ejemplo, nacen en la constelación de Hidra son conocidos por hipócritas, mientras que quienes

 Valeria Cordero Yunes. Azul



lo hacen en la de Triangulum son apreciados por sus habilidades en la geometría aplicada. Si bien éstas son predicciones sencillas que cualquier habitante es capaz de lograr con precisión, hay otras más que sólo pueden llevar a cabo los sabios de la Torre de la Estrella Polar, el centro mismo de la megalópolis. Los adivinos que ahí ejercen son seleccionados minuciosamente mediante exámenes que exigen predecir lo que sucederá en unas pocas horas o incluso en pocos minutos, lo que requiere de un conocimiento casi innato de las cartas astrales. Las estrictas pruebas pueden durar días enteros, con unos sinodales que no se convencen de dejar el destino y detalles de la ciudad en manos de cualquiera. Entre todos los aspirantes, una tal Hexia Osten es quien mayor puntuación ha obtenido, pues, con sólo poner un pie en el recinto, declaró, arrebatada por el trance: "Pasaré este examen con honores".

El origen de la astrocracia está perdido en su propio mito. Después de un suceso conocido sólo como La Catástrofe, ese pueblo de soñadores sin remedio y horóscopo los domingos volvió la vista hacia la única dirección de la que siempre había obtenido esperanza: los múltiples adivinos, gitanos, psíquicos y chamanes que plagaban la metrópolis se vieron de pronto agobiados por una responsabilidad inusitada para quienes estaban acostumbrados a remediar amores, recomendar profesiones e intuir respuestas de exámenes finales. Las cartas volaban; los restos de café se tornaban ilegibles; las bolas de cristal se opacaban; hasta las líneas de las palmas se retorcieron indecisas ante la insistencia colectiva del qué será de nosotros. Sólo los astrólogos se mantuvieron tranquilos, hicieron sus mediciones, consultaron sus mapas y declararon unánimes: "El orden divino llegará".

Aquel orden resultó ser el de los astrólogos mismos, pues al haber sido los únicos en dar una respuesta satisfactoria, no pasó mucho tiempo sin que sus adivinaciones fueran acatadas al pie de la letra. Se instalaron en lo que después sería la Torre de la Estrella Polar y desde ahí anunciaban todo lo que leían en el firmamento. Al principio eran cosas generales, pero poco a poco —y muy lentamente— comenzaron a preocuparse por la individualidad de sus habitantes, hasta que llegó el momento en que cada detalle de la vida cotidiana estaba regido por las predicciones repartidas desde los observatorios de los sabios. Cada mañana, al despertar, cada uno recibía la lista de las actividades que realizaría o de cosas que le sucederían, escrita en el tono ambiguo propio de las artes especulativas.

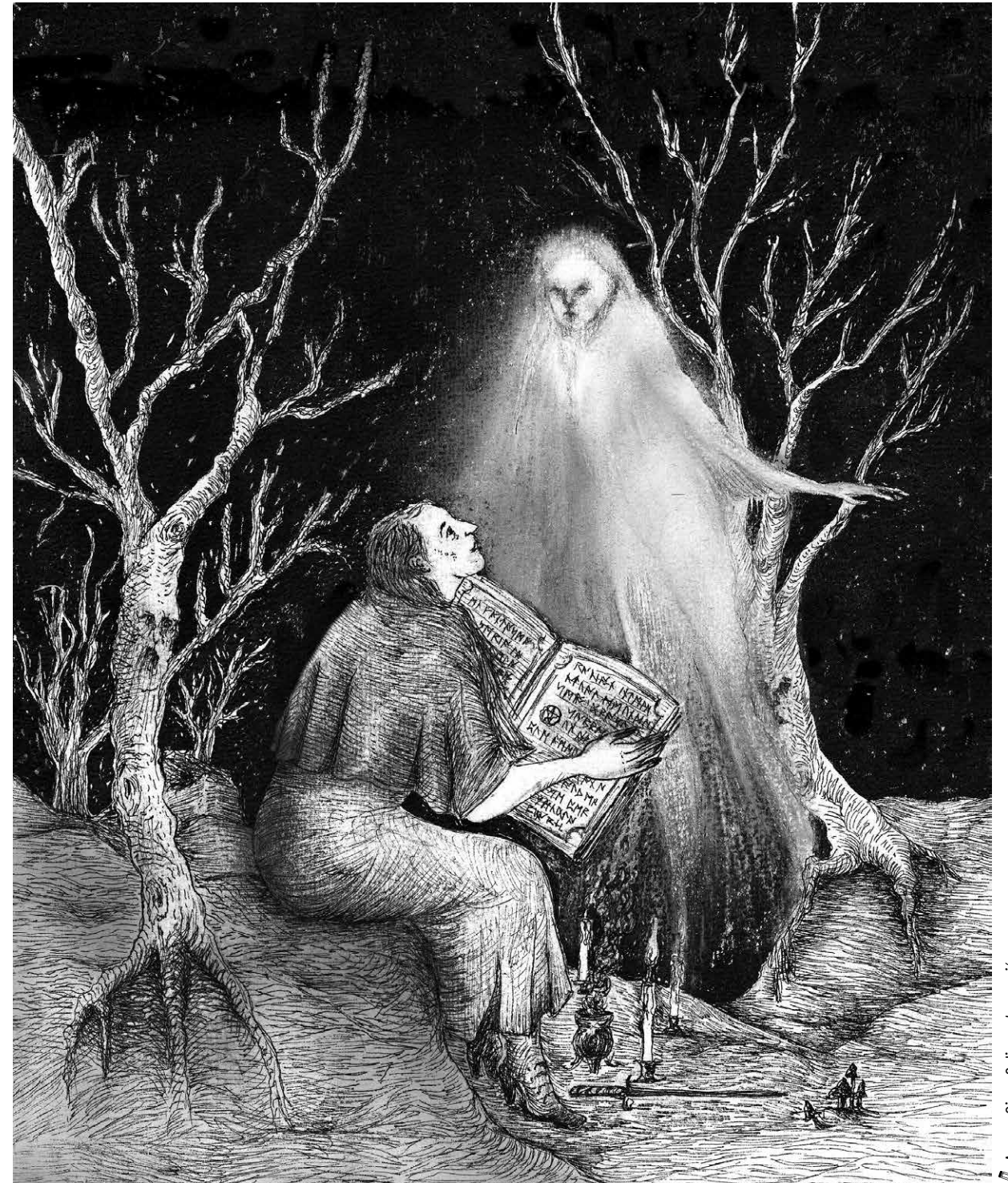
Mas los adivinos no se limitaron a predecir el devenir diario de la ciudad: tampoco habían interrumpido sus investigaciones, de modo que no tardaron en completar el vasto atlas de la noche en el que basaban sus estudios. Para entonces ya se había dado otro cambio en la metrópolis: habían empezado a remodelarla o, mejor dicho, a reconstruirla. Si el orden y la perfección absolutos eran el cielo estrellado con sus misteriosas leyes, para tener una ciudad ordenada y perfecta no bastaba con obedecer el

futuro que esas leyes les deparaban, sino que había que imitar en lo posible la estructura divina con la ciudad misma. Sectores enteros fueron demolidos para dar lugar a las nuevas colonias según las principales constelaciones, y después se construyeron barrios que mimetizaban nebulosas, galaxias lejanas y estrellas aisladas. Con la cartografía celeste terminada y el conocimiento exacto de sus órbitas y velocidades, los citlaltecas lograron también que su hogar se moviera acorde con los astros a los que remedaban: un gigantesco mecanismo subterráneo fue puesto en funcionamiento para hacer rotar a los planetas alrededor de los soles, y a las constelaciones cumplir con sus ciclos zodiacales. Citlallan se había convertido en el reflejo exacto del cosmos que sobre ella flotaba.

Hasta ahí llega la memoria de los habitantes, hasta lo que ellos consideran el tiempo presente. Pero hay un detalle que se les escapa: en el cielo de Citlallan ya no brillan las estrellas. La luz que emana la urbe es tal que a lo más que llega el horizonte nocturno es a una suerte de violeta oscuro en el que no se atisba ni la luminaria más humilde. Parece ser que, en la realización de su proyecto leviatánico, los astrólogos se ensimismaron tanto en sus planos ya trazados y en los cálculos que tenían por indudables que no se dieron cuenta de que con cada fuego que ellos erigían, se dejaba de ver uno en la bóveda celeste. Su obsesión rampante les impidió notar que destruían aquello que adoraban.

Por supuesto que los citlaltecas ignoran por completo el problema. Están siempre dedicados al cumplimiento de las infinitas predicciones que emanan de los estudiosos, cuando no se ocupan del funcionamiento correcto de la maraña de luces que las permiten. En la mayoría de los casos, lo hacen al mismo tiempo, pues una actividad presupone y comprueba a la otra. Los sabios llevan años encerrados en sus academias estudiando las viejas proyecciones, preocupados con los cálculos que llevan ahora varias generaciones de ventaja sobre el presente. Se interrumpieron el comercio, los viajes y la comunicación con el exterior, actividades que los distraían demasiado de su propio cosmos, y llegaron al punto de llamarse a sí mismos “habitantes de las estrellas”. Fue así como Citlallan se olvidó del resto del mundo.

Pero el resto del mundo no olvidó a Citlallan. Se hicieron famosas las fotos satelitales de aquel punto en el planeta en el que aparecía representado el firmamento, y la gente pronto quiso ver más de cerca esa maravilla de ciudad estrellada. Se organizaron viajes de avistamiento nocturno, avionetas que sobrevolaban la metrópoli para dar a sus pasajeros la sorprendente vista de esa topografía artificial. Los pilotos más audaces se adentraban entre las torres y las cúpulas para dar a sus clientes la experiencia inmersiva que no habrían podido tener en sus casas. El estruendoso ruido de los turistas atrajo la atención de los videntes, quienes, al ver las inusuales luces entre su obra y no reconocerlas, corrieron inquietos a revisar sus planos por algún indicio de lo que pudiera ser aquello. No lo encontraron a pesar de



Amaya Giner Salinas. Invocación



Amaya Giner Salinas. Cuarentena

minuciosos exámenes, y concluyeron alarmados que se trataba de una amenaza directa a la estabilidad de sus vidas calculadas. Obsesionados con la perfección de su universo, montaron armas para tumbar aquellos fulgores que amenazaban con perturbar las predicciones de su porvenir.

Así comenzó la cacería de los ajenos. Los viajeros fueron derribados; los supervivientes, interrogados; los daños, remediados. La ciudad se acostumbró a la nueva rutina de avistamiento, denuncia, disparos y recolección de escombros. Los sabios suspiraron aliviados. Hasta que, en una de esas jugarretas que al Azar le gusta hacer a quienes creen ciegamente en el Destino, una de las artilleras encargadas de arrancar a los intrusos de las nubes vio más allá de lo evidente. Tras tumbar una nave más para gloria de su pueblo, quien más tarde sería conocida como La Amenaza notó que, contrario a lo que la memoria colectiva relataba, no había luces en el cielo para ser reproducidas. Ese día volvió a casa sumamente alterada, tomó varias lámparas e hizo una serie de experimentos y conjeturas que la llevaron a la conclusión de que de hecho había astros, pero ya no se podían ver. Comenzó entonces su prédica, anunciando su doctrina en plazas, edificios y todo lugar en el que se encontrara gente dispuesta a prestarle oídos. Los obligó a levantar la vista para que constataran por sí mismos que en efecto habían opacado todos los soles del éter, e incluso intentó por todos los medios apagar los fuegos ciudadanos para lograr la vuelta al culto primigenio. La casta de adivinos no lo vio con buenos ojos. Al darse cuenta de que había una agitadora entre las masas, ordenaron su captura sin dilación. La Amenaza fue fugitiva durante semanas, causando un horror inusitado en ese pueblo desacostumbrado a las sorpresas. Cuando al fin la arrestaron, su obstinación y compromiso con la verdad le valió un interrogatorio de una duración inaudita, de modo que tardaron más días en extraerle una confesión conveniente.

Aquella noche, entre los gemidos aún audibles de la rebelde torturada, ante la multitud reunida a los pies de la Torre de la Estrella Polar, se presentó Hexia Osten en persona. Anunció, con la sonora voz propia de quienes poseen los más grandes dones, que podían estar tranquilos, pues ya había sido aprehendida aquella heresiarca enmascarada y acababa justo de confesar sus engaños, ya que, como todos bien sabían, no había habido nunca estrellas en el cielo. ●





Pequeñas cosas

DIANNA MARÍA CASTAÑEDA

Pequeñas cosas sostienen al mundo.
No es la bolsa de *Wall Street*
ni la economía de la especulación
ni billetes azules, verdes o morados
ni minerales sobrevalorados, ni el *bitcoin*
ni siquiera la gran carretera de la información.


No son las grandes academias de la ciencia,
de la lengua, de la paz
mucho menos los que tienden la mano
con moneda de cambio
ni las fuerzas armadas ni la bomba nuclear.

Ni aquellos que profesan la fe de los dinosaurios,
y qué decir de los banqueros galácticos
listos para monetizar las estrellas.
No es la conquista de los mares, los aires ni la tierra
ni el lucrativo dominio de los nervios
ni el agua bendita de los hospitales
ni la gentrificación de las ciudades
(Nueva York, Shanghái, París, ninguna de ellas).

No son los colores ni las banderas
ni las mancuernas cargadas de libertades.

Son cosas más simples:
Lo acontecido tras apagar los celulares
una mariposa polinizando, un colibrí inesperado
la lluvia reverdeciendo los bulevares
los gusanos, las hormigas
los “buenos días” de un extraño
compartir la mesa, llenar la barriga
una canción agradable al subir cuesta arriba
un abrazo, una sonrisa
palabras oportunas.
Pequeñas cosas que nos salvan de la locura.



 Carolina Caballero (colaboración con Naiki Sánchez y Erandi Flores). De la serie *Virgenes*



La cincóatl

ITZEL ESPINOSA FUENTES

Aquellos días sospechábamos que algo le pasaba a la pobre Inés. La mañana en que llegó con Efraín en brazos, recién aliviada, se le notaba la felicidad de cargar a su primer hijo. Decía con orgullo que había pesado tres kilos y medio, que tenía la piel blanquita como su papá —del que siempre hablaba, pero nadie lo conocía—, y cuando alguien entraba a su cuarto para estar con el niño, insistía en que los ojos de Efraín se veían de color miel con el sol. La verdad es que el chiquillo sí estaba bonito, y en ese entonces era el único bebé que había entre nosotras, así que todas las vecinas se deshacían en cargarlo y darle algún regalo. Mi mamá le tejió una manta amarilla, Socorro le regaló una tina para que le diera sus baños, y la del tres le mandó las mamilas que había usado con su último hijo. Hasta doña Amparo, la vieja medio loca que sólo hablaba con ella misma, le regaló una planta que espantaba los males para que la pusiera en su entrada. Cada una le llevó lo que pudo al pequeño Efraín, que de tanta ofrenda que le dábamos ya parecía nuestro santito. Inés era muy agradecida, a cambio nos invitaba un café y nos dejaba quedarnos un rato viendo dormir a la bola de carne rechoncha.

Yo disfrutaba pasar de vez en cuando las tardes en su cuarto, saliendo de la secundaria técnica, hace ya muchos años. Inés era una muchacha muy limpia. Su casa siempre se veía barrida y trapeada, todos los días abría las ventanas para que corriera el aire. En cuanto entrabas te llegaba el olor a talco de bebé y aceite Mennen, nunca supe cómo le hacía para que el lugar no apestara a cebolla con jitomate después de guisar, como en los cuartos en los que vivía yo con mi mamá. Entrar ahí era como estar en otro lugar, con la calma que le daba al ambiente la presencia del bebé dormido, tan quieto que era Efraín, y nosotras hablábamos bajito para no despertarlo. Me gustaba ver a Inés sentarse en la mecedora preciosa que había conseguido con don Andrés en las chácharas al final de la calle. La acomodó en una esquina en la que entraba bonito el sol, ahí se sentaba a darle pecho al bebé y yo pensaba que se veía muy hermosa.

El asunto es que al principio el niño estaba muy sano, y su mamá andaba loca por él, muy dedicada a cuidarlo y darle amor. Recuerdo que todo empezó a ponerse raro precisamente el día en que los hijos de la del tres estaban jugando en el patio de la vecindad con un balón, y le rompieron a Inés la maceta que le dio doña Amparo. El balón rebotó en la ventana y el ruido despertó a Efraín, que dormía como angelito. Empezó a llorar tan



Amaya Giner Salinas. Nacimiento

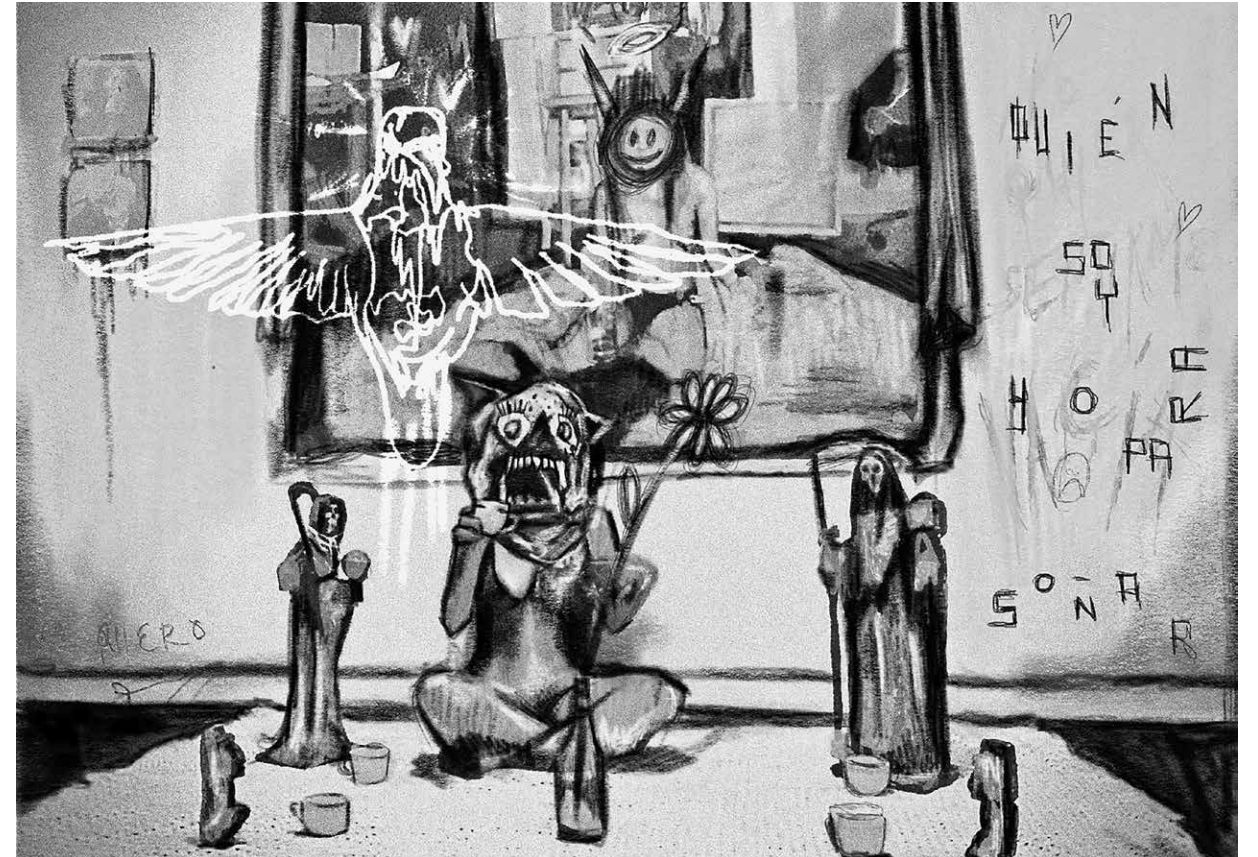


fuerte que todas nos dimos cuenta de que algo tenía y fuimos a verlo. La del tres regañó a sus hijos, se los llevó de la oreja para su casa, le pidió perdón a Inés y le dijo que luego le llevaba un té para Efraín. “¿Qué le pasa al bebé?”, le pregunté. “Pues casi no ha podido dormir, se despierta a cada rato. Estos días ha andado muy chillón, dice Mari que a lo mejor trae algo en la panza. Mañana lo llevo a curar de empacho”.

Pero la curada no le sirvió de nada, porque en las siguientes semanas se empezó a escuchar que el Efraín lloraba y lloraba cada vez más en el día. Mi mamá le hizo un caldo de pollo a Inés, decía que a lo mejor estaba comiendo mal y su leche no llenaba al niño. Fui a dárselo y me la encontré sentada en la mecedora con el bebé envuelto en una cobija, la mujer lloraba quedito para que ninguna nos diéramos cuenta. Se le veían los ojos hundidos y la cara pálida. “¿Te pasó algo, Inés?”, le dije, me sorprendió encontrarla así de pronto. “No me está saliendo nada”, respondió ella, mirándose la blusa desabotonada. “Ay, no te preocupes. A lo mejor es que necesitas tomar más agua. Mi mamá te mandó este caldo, eso te va a ayudar. Si quieres le digo que venga para que platiques con ella”. “No, no, por favor”, me respondió angustiada. “No le vayas a decir nada a ella ni a las otras. Qué van a pensar. Luego las voy a tener aquí metidas a todas diciéndome que haga esto o lo otro, y me van a llenar de menjurjes. Creo que voy a ir al doctor para que me revise, y de paso al bebé”.

Me dio mucha pena verla así, de verdad parecía muy angustiada. Quién sabe desde cuándo había dejado de darle leche. Me acerqué a ella para abrazarla y acariciar el cachete del bebé, entonces me di cuenta de que estaba más flaco, ya no parecía el mismo rollito botijón de antes, y también yo sentí la preocupación. “Sí, ve al doctor, Inés. Me cuentas lo que te diga de Efraín”. Quería quedarme con ella esa tarde, pero sentí que a lo mejor necesitaba descansar y yo nada más estaba de metiche, así que me fui a mi casa y estuve pensando qué sería lo que les estaba pasando. Me imaginé que a lo mejor tenía que ver con el supuesto papá de Efraín, se habrían peleado o se habría enterado de que andaba con otra, y por eso nunca se aparecía por aquí.

Al otro día le dije a mi mamá que no quería ir a la secundaria porque me dolía la garganta, pero fue puro pretexto para poder quedarme en la casa y ver a qué hora salía Inés para el consultorio del doctor. Me asomaba a cada rato a la ventana para ir a su cuarto en cuanto volviera. Se fue temprano, y regresó como a eso de las 11. Dejé los frijoles que me encargó mi mamá en la estufa y corrí a verla. “Pues me revisó de todo y me dijo que yo no tenía nada. Efraín sí está más flaco de lo que debería un bebé de cinco meses, le mandó unos sueros, y que con eso se va a reponer. Me dio dieta para mí”, explicó Inés un poco más calmada. Me tranquilizó saber que no era nada malo, seguro ella andaba decaída por alguna razón, y era cuestión de tiempo que mejoraran los dos. Le dije que si quería le ayudaba a cuidar al bebé para que ella se durmiera un rato, y aceptó.



Berkanas. *Quién soy yo para soñar*

Me puse contenta, lo cargué para arrullarlo, pero luego me acordé de que había dejado los frijoles en la estufa, así que se lo volví a dar. “¡Ahorita regreso, mi mamá me va a matar!”, le dije a Inés y me fui. Rápido apagué la lumbre y aproveché para cambiarme de blusa, me puse una de flores moradas porque quería sentarme en la mecedora con Efraín un rato y pensé que ésa me haría ver bonita, así como su mamá.

Cuando entré otra vez, Inés estaba tratando de darle de comer al bebé, pero él la rechazaba. Me inquietó ver que la piel alrededor de su pezón estaba muy morada. Ella me vio entrar y se subió en seguida el corpiño. “¡Avisa antes de entrar, escuincla!”, me gritó enojada. “Sí, perdóname. No lo vuelvo a hacer”. Me senté en la orilla de la cama en silencio. “Discúlpame, Leti. Ando muy irritada. Pero ven, carga al bebé un rato, se ve que quiere estar contigo”. Ya no dije nada más, y durante varias tardes dejé de ir, sentí que ella necesitaba estar a solas. En la noche, antes de irme a acostar, me estuve preguntando si el doctor le habría visto esos moretones. No me imaginé que descubriríamos el horror poco después de ese día.



Berkanas. No mono

Era de madrugada, hacía frío y estábamos dormidas, cuando de pronto escuchamos golpes secos en el cuarto de Inés, seguidos de gritos. Nos levantamos al instante para ver qué estaba pasando, mi mamá y yo con los pelos despeinados, Socorro jalándose el suéter para envolverse bien, y la del tres en short y sandalias. En la puerta de Inés estaba doña Amparo azotando una escoba contra el suelo, como tratando de aplastar algo. “Ratas”, pensé. Y mejor me quedé a un lado, porque a mí me dan mucho asco los roedores. Supongo que todas nos imaginamos lo mismo, estábamos ahí quietas, esperando ver que no hubieran mordido a Efraín o algo así. Para nuestra sorpresa no era un simple ratón. Junto a los pies de Amparo pasó una serpiente larga y gruesa con manchas negras. Socorro se desmayó al ver al animal, mi mamá pegó un grito de aquéllos, y la del tres se echó a correr directo a su casa. Yo sentí las manos frías y se me revolvió la panza. La serpiente era rápida, cruzó el patio mientras nosotras estábamos como mensas haciendo un *show*. Doña Amparo fue detrás de ella dando escobazos, pero la serpiente salió por un hoyo que había debajo del zaguán y desapareció. “¡Inés, dios mío!”, gritó mi mamá para continuar con su concierto de alaridos. Todas entramos a ver cómo estaba. La muchacha seguía

recostada a mitad de la cama, inconsciente, mientras Efraín, a su lado, con los ojos bien abiertos, movía las manos flaquitas.

Amparo nos lo dijo: “Era la cincóatl”. “¿La cinqué?”, pregunté yo. “No puede ser”, soltó mi mamá, y se tocó el pecho. “Imposible”, murmuró Socorro, tapándose la boca del susto. “¿De qué hablan?”, volví a preguntar porque nadie me decía. “¡Muévanla para que despierte!” “¡Tráiganle un pan!” “¡Que no tome agua ahorita!”. Todas empezaron a decir y hacer cosas para ayudar a Inés. Ella despertó a los pocos minutos, confundida, sin tener ni idea de lo que acabábamos de ver.

Inés se fue de la vecindad dos días después. Su mamá y su papá vinieron por ella desde el pueblo de Querétaro en el que vivían. El marido nunca apareció para ayudarla, realmente no supimos si de verdad existía, cuando ella llegó ya estaba embarazada, y el tipo jamás se dio una vuelta para verla o conocer a su hijo. Yo me puse muy triste cuando me enteré de que se irían, sólo me despedí de lejos porque doña Amparo se quedó a su cuidado después de que apareció la serpiente, no dejaba que nadie se le acercara, ni siquiera pude darle un beso de despedida al bebé.

Doña Amparo nos contó luego que esa madrugada escuchó un ruido extraño afuera de su puerta. Ella renta en el cuarto que está más cerca de la entrada, y llevaba varias noches despertándose con ese sonido como de algo que se arrastraba y una voz “que trataba de decir sí, pero no podía, se quedaba en la ese”. Salió con escoba en mano para ver qué era, pero no había nada en el patio. Recorrió las puertas hasta llegar a la de Inés, y la vio medio abierta. Se asomó para asegurarse de que estuviera bien y ahí halló a la serpiente que todas vimos segundos después. Estaba subiendo a la cama de la muchacha, que parecía profundamente dormida. Fue entonces que se decidió a darle de escobazos, el resto lo observamos con nuestros propios ojos.

Según doña Amparo, esa serpiente era nada más y nada menos que la cincóatl, una víbora que se mete a las casas de las mujeres que amaman a sus hijos para robarles la leche. El animal visita por las noches a las madres y suelta un veneno o hedor que las adormece para poder quitarles el líquido hasta dejarlas sin nada. En su pueblo se dice que incluso han visto casos en que la cincóatl deja que los niños jueguen con su cola mientras ella bebe la leche. Mi mamá conocía la historia, y al parecer las otras vecinas también la habían escuchado alguna vez. Yo no supe qué creer en ese entonces, pero después de lo que ocurrió, todas pusieron en su entrada una planta que les dio doña Amparo, igual a la que le rompieron a Inés. Hasta hoy no puedo explicarme qué fue lo que ocurrió. Ahora que yo misma espero a mi primer hijo me aterra que algo así pueda pasarme. Todavía me pregunto qué habrá sido de Inés y Efraín, cómo estarán los dos; extraño esos días en que podía verlos contentos, sonriéndose en esa mecedora de la esquina. **P**



Valeria Cordero Yunes. Sin perder el rumbo

Deslumbre

JONATHAN MIRUS

El Sol de la semana santa
 es un pequeño dios,
 terriblemente diminuto,
 lejano e injusto.
 Profundamente cala
 en la mano herida
 —raspada apenas perceptible—
 que con esfuerzo sangra,
 pero somete la carne lacerada.
 El deslumbre de su crueldad permanece
 en los colores de las casas,
 en el pavimento agrietado
 —donde sopla el tiempo—,
 en la sombra vertical de un poste de luz
 escondida para no ser devorada.
 La pesadez envuelve los ojos
 cansados del día,
 de tanta maldita nitidez,
 emulando la belleza de un cuadro de Sorolla.
 En el momento en que la tarde asoma,
 el calor obliga a los viejos a sacar las sillas
 a esperar el fresco atardecer
 y el sonido del gorrión

con sus alas
 de hoja

¿En qué momento sucede todo?
 No necesito comer una magdalena
 o ver el torso desnudo de Apolo
 para darme cuenta
 de la ceguera impasible del instante.



Del sueño, las pesadillas y metamorfosis

YULIANA RIVERA

De niña, hasta ya entrada en la adultez, tenía pesadillas con lo que suponía que era el infierno. Sueño iterativo donde caminaba entre las vísceras de lo que me parecía una cueva porque había sido convocada para exorcizar a personas. ¿Cómo lograba salir del trance? Me veía desde la cúspide de aquella gruta y, al ver que la empresa era difícil, me decía: “Estás soñando, despierta”. Enseguida rezaba un padrenuestro. Al menos nunca lo olvidé. Hubiera sido terrible no tener a qué asirme para volver. Recientemente ha venido a mí —o acaso yo he ido— ese lugar sin espacio y sin tiempo, como si se tratase de un ensayo de la muerte.

Dante y Virgilio, antes de embarcarse para cruzar el río Aqueronte, presencian la puerta del infierno, ese “secreto mundo” que le llaman, que, por ser enigmático, desconocido, causa impresiones en todos sus sentidos; el primero, el auditivo. El peregrino y su maestro prestan atención a la ansiedad, al temor, al llanto. Ha llegado ahí por intercesión de aquella a quien amó, el canto —alma del poema— es el vehículo para encontrarse con ella, entonces sorteará las adversidades designio para, en principio, llegar a la otra orilla del río. Beatriz pedirá a Santa Lucía por él. Yo, indocta del mundo religioso, me aferro a algún salmo.

El peregrino no sólo se desmaya y llora cada vez que sus sentidos se quebrantan: prueba de que es humano, de que está más vivo que nunca. Dante sueña. Porque es en el universo onírico donde los hombres proyectamos nuestros deseos, intereses, preocupaciones o miedos. En otros términos, diría José María Micó, este viaje místico parte del fondo, de la condición humana, va de la materialidad a la inmaterialidad. Para objetivar lo que existe el poeta no busca afuera sino dentro. Esta inversión de mirar el mundo, de verlo de forma alegórica, tiene que ver con el sujeto lírico, el hombre, que es el tema de la *Comedia*, proyectándose en dualidades que me hacen pensar en otras, por ejemplo: ¿las pesadillas son antisueños?





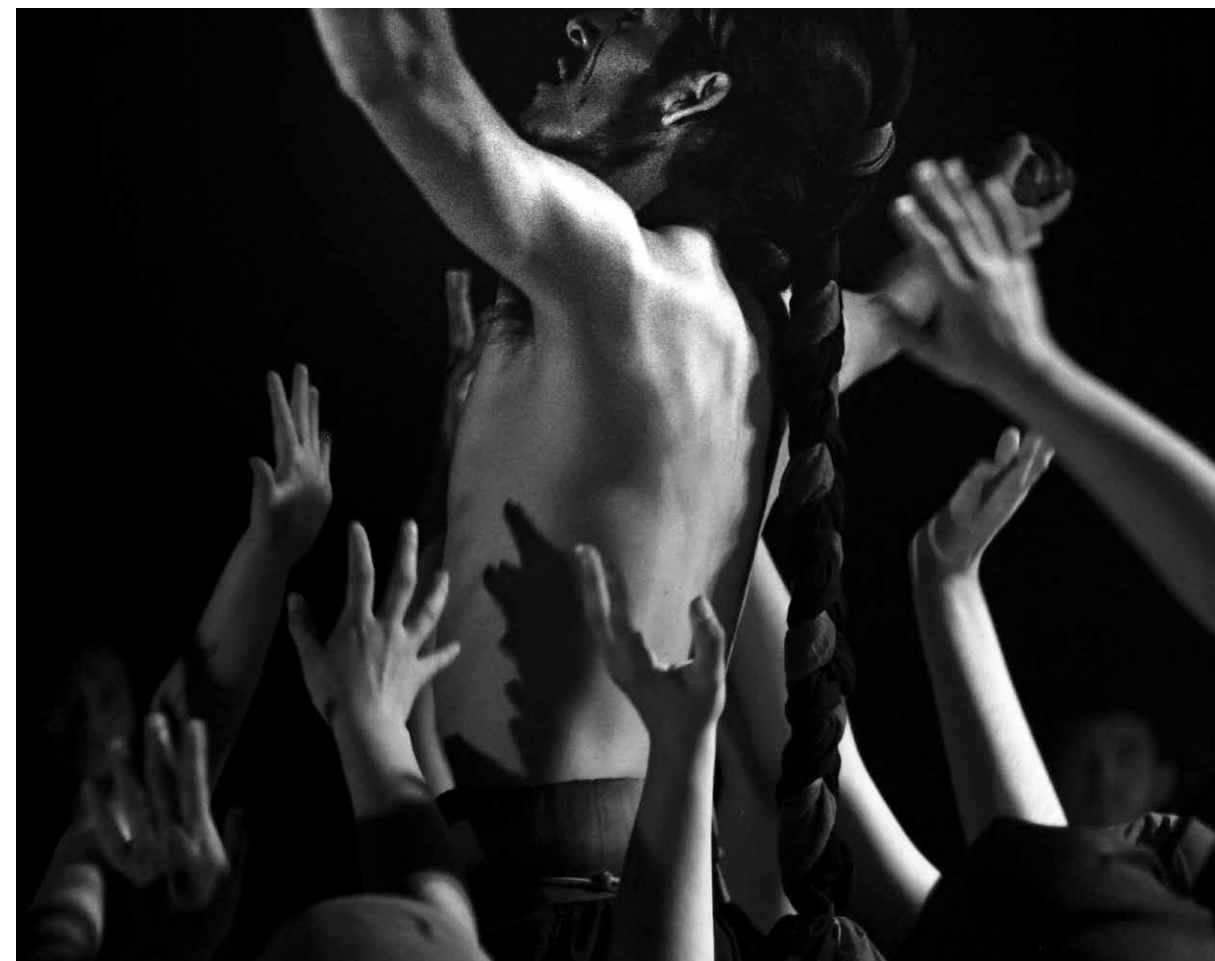
A decir de la Asociación Estadounidense de Medicina del Sueño, las pesadillas ayudan al cerebro a procesar las experiencias intensas que vivimos. Es decir, el evento se conecta con una emoción y se drena por los sueños. Sin embargo, la intensidad del evento y sus efectos durante él —si los midiéramos en decibeles, serían los gritos o hablar en voz alta— determinarían si se trata de una pesadilla o no. Hoy me pregunto de qué energía debieron ser mis experiencias o preocupaciones de pequeña para tener miedo y, acaso a semejanza del poeta, para purgarlas en lo que aún resultaría paradójico: lo desconocido. ¿De qué tamaño es nuestra vanidad para ir con una misión al infierno?

Esa misma asociación afirma que una pesadilla aumenta el terror de quien está atravesando por ese trance, impidiéndole que sea capaz de darse cuenta. De ahí que la sudoración, el temblor, los gritos, sean la válvula de escape de las pesadillas y no de los sueños. ¿Dante tenía pesadillas? La oscura experiencia del Viernes Santo ante el zaguán del infierno, el vendaval y el terremoto que le sucedieron lo invitaba a vaciar en el sueño las emociones del periplo. Lo que el poeta estaba atestiguando era en sí una pesadilla. Ésa era su realidad, pero ¿y la mía?

Personaje y autor, sueño y pesadilla, razón —representada por Virgilio— más el estado de inconsciencia son los huesos del edificio de la obra, pero, además, ese esqueleto camina por la realidad, la toca, se aleja para escribir la historia del hombre, de la religión. En el camino se traspasan los límites del universo físico de su tiempo, del infierno que es la tierra al paraíso, el estado de salvación. La gran metamorfosis. Toda la vida es una construcción constante desde una visión moral y quizá anagógica, el viaje hacia la muerte: “el estado de naturaleza verdadera”.

En *La tempestad* de Shakespeare, algún personaje grita en plena agitación marítima “¡El infierno está vacío, todos los demonios se encuentran aquí!”, palabras más o menos; en esencia, desde hace tiempo persiste la idea de que la tierra es el infierno. Sin duda, el hecho de que en mis pesadillas proyecte mis propósitos o miedos de forma alegórica y simbólica podría significar que estoy ante un sentimiento de culpabilidad merecedora, además, de la aflicción de mi tiempo. Es decir, ahora que las pesadillas han vuelto, las entiendo más objetivamente, con un pie en la realidad, lejos de la inocencia que me hacía atribuirles significados supersticiosos. No obstante, confirmo que —como el poeta— me constituye aún la fe en la justicia divina y, acaso por ello, se desprende el miedo.

Si este tiempo le pertenece al infierno, ¿cómo nos vería el peregrino? La concepción dantesca, o sea, cristiana, del hombre es la de un ser incompleto que sólo puede salvarse a sí mismo si accede —según la lectura de Ángel Crespo sobre la *Comedia*— a un estado de *superyó*, de lo contrario, podría condenarnos a la degradación del *infrayó*. Deduzco que hoy atravieso por un estado en el que las personas no estamos ni siquiera acercándonos a cuestionar, acaso, si en algo tenemos culpa. Actuamos



 Yola Reyes. *Las brujas*

como inocentes, víctimas de un destino: dignos de tragedias. No asumimos culpa ni responsabilidad en todo este tiempo catastrófico porque nadie repara en el don del libre albedrío, de ahí el detrimento moral y un largo etcétera que nos tiene en este infierno. ¿Cuál es nuestra metamorfosis? ¿Cambiaremos para bien?

Dante tuvo más suerte. Su viaje duró una semana; yo, en cambio, desde que nació recuerdo la amenaza del fin del mundo y los tiempos difíciles. Pese a todo, creo que ahora —en el año 2021— es la época más triste porque aún le tenemos miedo a la muerte, aunque yo esté convencida de que morir es descansar. (Pero no deja de asombrarme la posibilidad de no despertar). Sin embargo, la *Comedia*, de la que José María Mico dice en su prólogo que como “[...] las grandes creaciones, modifican el pasado y transforman el futuro”, hoy alza la voz para volver a reflexionar sobre la



Yo la Reyes. Aflición

condición humana. “La única certeza de la vida es la muerte”. En eso recae la vigencia de la *Comedia*: invita a cuestionarnos sobre la condición humana no sólo mientras vivimos, sino también en nuestro estado del alma después de la muerte.

Además de la metáfora, otra lección del poema de Dante versa sobre su *ars poética*. Me refiero a la naturaleza profética en tanto reveladora de un mundo desconocido, no en un sentido adivinatorio. Se ha perdido esta lectura, por más que Jorge Luis Borges y Octavio Paz la defiendan en otros términos como volver al origen, inventar es descubrir algo que ya existe, es recordar algo que se ha olvidado, es un acto de reconciliación: soledad y comunión. Leer a Dante ha sido una reconciliación con la vida, como viaje, y con la muerte, como destino. Negar que la poesía es revelación es negar la naturaleza de la poesía, por eso la crisis actual de este género. Ni siquiera Dante pudo avanzar sin su maestro Virgilio, el amor y la gracia de Beatriz y San Bernardo, por mencionar los casos más evidentes. Se necesita un guía.

A mi tiempo le hace falta gente que sueñe, pero que en el sueño o la pesadilla asumamos un papel —¿sería mucho pedir como el de Dante?— de culpa individual para elaborar un examen de conciencia sobre qué tanto las calamidades han sido consecuencia de nuestro modo de relacionarnos con el mundo, y no una condición atávica. Quizá así dejemos de echarnos la culpa unos a otros o de cerrar las ventanas a la voz de la otredad. Soñar es ver ese otro mundo oscuro en tanto desconocido al que entramos todos, pero ve el que quiere ver, el que busca comprender lo que está afuera. No me extraña la intrínseca relación entre ciencia y poesía como objetos de explicación del mundo porque parece que su condición es la de nombrar. Cerrar los ojos para soñar —ver— es un vehículo. ¿Qué estamos soñando durante este encierro? ¿Me queda algo de vanidad para descender al infierno? ¿Tengo aún una misión?

El temblor de aquel tenebroso suelo que bañaba de temor y turbaba los sentidos de Dante al finalizar el canto tercero es la alegoría de la pesadilla cuyo final había llegado, porque a decir del barquero, el poeta está vivo y su destino no será el infierno. No estamos ni vivos ni muertos cuando soñamos, pero sí tenemos pesadillas con el infierno, que vendría a ser lo más cercano a subir a la barca que nos cruce por el río Aqueronte. Seríamos bienaventurados si escuchásemos a manera de guía o acompañamiento el último verso de aquel canto: “Caí como un hombre soñoliento”. **P**



Omniausente

EMI G. CANCHOLA

1

creoenunsolodios todopoderoso dijo el hombre
antes de que clavara su vida
en mi sexo

2

dioslovetodo
no
dios es un ciego
un sordo
un cuerpo inmóvil en el sótano del universo
o quizás sólo precisa
una mirilla al sentido común

3

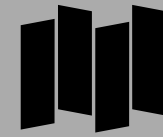
peligro dijo el doctor
curetaje evacuación
contenido uterino remover

dios escoge a sus hijos
con el filo de una cruz





📷 Carolina Caballero (colaboración con Naiki Sánchez y Erandi Flores). De la serie *Virgenes*



CARRUSEL

CUENTAGOTAS

ELOHIM

HEREDADES

FRANCISCO HAGHENBECK: REINVENTAR
MITOS PARA LOS NUEVOS LECTORES

ENTRE VOCES

BICÍCICAS: MUJERES MONTAÑA, LAS MANOS
QUE TRAEN VIDA

BAJO CUBIERTA

SIN ESPACIO EN LA MEMORIA

¿CÓMO VA A SER UNA BUENA HIJA DE MARÍA?
RESEÑA DE *UNA NIÑA ES UNA COSA A MEDIO
FORMAR* (2019) DE JUAN MIRANDA





Elohim

DIANA VERÓNICA OLIVOS MATA

Demiurgo

Mientras Dios
jugaba
a ser Dios
creó
al hombre
¡Qué
nece(s)dad!

Tiempo

No exagero
llevo
una cruz
a la
venerable edad
de 33 años



Berkhanas. ¿Lo tomo o lo dejo?

Francisco Hagenbeck:

reinventar mitos para los nuevos lectores

AXEL ALONSO

✍ Jorge Ponce

La vida cotidiana siempre ha ofrecido adversidades y conflictos que nos pueden abrumar como individuos y como sociedades: garantizar los medios de supervivencia, cuidar a nuestros seres queridos, ponernos de acuerdo con personas diferentes a nosotros o sobreponernos a incidentes inesperados que cambian por completo planes y expectativas. La imaginación y la ficción han servido como un mecanismo para enfrentar esto; creamos dioses, héroes, monstruos y figuras extraordinarias para inspirarnos, pero también para recordar que aun en los objetos y situaciones más ordinarias pueden existir fuerzas desconocidas que no hemos terminado de comprender y que pueden cambiar el orden establecido. Las novelas e historietas de Francisco Hagenbeck (o F. G. Hagenbeck, que es como firmaba) son un ejemplo de que, aunque tal vez ya se hayan imaginado y contado todas las historias, hacerlo de manera atractiva y apasionada es lo que atrae a los lectores, y hace que formen comunidad.

Francisco Hagenbeck supo adaptar a nuestro tiempo ese arte de reunir a personas muy distintas alrededor de historias tan reconocibles como las fábulas o el monomito descrito por Joseph Campbell, pero insólitas en sus detalles. El escritor, nacido en la Ciudad de México en 1965, se empapó de numerosas referencias musicales, literarias, cinematográficas, televisivas, gráficas y mitológicas para crear obras que se movían entre la novela negra, la ficción histórica, la fantasía, la aventura y el cómic de misterio o de superhéroes. La forma



en la que Hagenbeck abordó estos géneros, conocidos por las producciones anglosajonas que nos llegan principalmente en sus adaptaciones audiovisuales, mostró que pueden generar interés tanto en las editoriales como en los lectores de habla hispana cuando en lugar de imitar formatos, se generan puentes entre las tradiciones forasteras y las historias y sensibilidades locales.

Remixes para hacer amigos

Cada obra de Hagenbeck es, independientemente de su trama y género, una amplia guía de recomendaciones literarias, cinematográficas y musicales que define a sus personajes variopintos, pero también muestra a un autor capaz de entablar diálogos con otros creadores de muy variado tipo, como un músico que puede colaborar con otros músicos, pero también con cineastas, pintores o artistas de otras disciplinas. El mejor ejemplo de esto es su trayectoria como guionista de cómic, rubro en el que colaboró con nombres que ahora son bastante conocidos en ese medio, como el de Humberto Ramos (*Amazing Spiderman*), Óscar Pinto (*Crimson*), Bernardo Fernández, "Bef" (*Matar al candidato*, *Habla María*,





Temporada de alacranes) o Patricio Betteo (*Deidades menores*, *Zima Blue* de la antología *Love, Death and Robots*).

En mi caso, el descubrimiento de la obra de Haghenbeck llegó por mi afición a la historieta y por la cercanía a estos autores. Desde que empecé a interesarme en el trabajo de historietistas mexicanos había escuchado y leído en blogs sobre la participación del mexicano en títulos publicados en Estados Unidos; pero también fue Bef quien me lo recomendó en varias ocasiones, como un amigo que recomienda escuchar a sus bandas favoritas, y quien me permitió platicar con él durante una edición del Hay Festival en la que también participó el estadounidense Peter Kuper (*Diario de Oaxaca*, *Spy vs. Spy*). De aquel encuentro me llevé de recuerdo una firma y un dibujo de un gato pachuco de la novela *Querubines en el infierno* (2015), además de la imagen de tres creadores contentos de vivir haciendo y leyendo historias, y compartiendo experiencias con sus lectores.

Sin embargo, vivir de hacer ficciones también tiene sus claroscuros, y resulta interesante cómo Haghenbeck

explora la inserción de elementos anecdóticos de los autores en sus obras (por más fantasiosas que sean), como a través de su colaboración con el ilustrador Patricio Betteo. En la novela *Deidades menores* (2009) el protagonista, Raymundo Rey, es un escritor de historietas (y a veces de novelas para que su expareja pudiera decir que salía con un escritor serio) que constantemente reflexiona sobre su papel como narrador al enfrentarse a cosas tan cotidianas como lidiar con editores, atender a un familiar enfermo o desahogar sus penas con su dibujante, pero también al recordar y asimilar eventos extraordinarios. En varios momentos de la novela, tanto en la juventud como en la madurez, Raymundo Rey cuestiona la verosimilitud de sus recuerdos y el papel de los escritores como constructores o reinventores de imaginarios de miles de personas. Al Raymundo joven, un anciano con rostro de elefante y actitud mística le dice que los escritores son personas que al no encontrar las respuestas que necesitan en los libros existentes, deciden crear los propios, y que es la forma de narrar lo que los consagra o condena. El Raymundo adulto comienza su regreso a casa contándole a Patricio, el dibujante de su próximo cómic, que considera que él y el resto de escritores son malos pecadores que confiesan verdades manipuladas a conveniencia; pero al final de su viaje personal entiende su rol como aquel que transmite los sucesos divinos o extraordinarios a personas que se los van a apropiar, y que debe convencer a su editor de que ése es el rumbo ideal para sus próximas historietas.

Lo súper y lo humano

A finales de 1990 y comienzo de los años 2000, Paco Haghenbeck colaboró con otros creativos mexicanos de la historieta para editoriales estadounidenses. En estos proyectos los lectores encontramos versiones fantásticas de sitios reconocibles en todo el mundo, y una búsqueda por reinventar viejos mitos y arquetipos de cara a un nuevo siglo.

Su colaboración al guión de Óscar Pinto y Brian Augustyn que, junto al dibujo de Humberto Ramos, se materializó en *Crimson* (Image Comics 1998, reeditado en México en 2017 por Panini Comics) es una

reinterpretación de los mitos vampíricos en una Nueva York moderna marcada por su diversidad cultural, y con una estética que recuerda mucho a las películas *Matrix* o *Inframundo*. Un par de años después, tuvo un rol más activo en la creación de un ser mitológico contemporáneo; junto a los guionistas Óscar Pinto y el estadounidense Brian K. Vaughan (*Y: The Last Man*, *Paper Girls*, *Saga*), y al dibujante mexicano Carlo Barberi, dio forma a un número muy significativo en la historia del superhéroe más importante de DC Comics: el *Superman Annual* vol. 2 # 12, en el que el popular Hombre de Acero de Metrópolis visita la Ciudad de México para ayudar a un ecléctico grupo de superhéroes locales a detener una amenaza mágica orquestada por ecoterroristas hartos de la contaminación que genera la capital mexicana. En esta historia abordan los sentimientos encontrados que Superman genera en distintas personas de nuestro país, desde la admiración de los niños y el respeto de los científicos, hasta la desconfianza de quienes ven al superhombre como un propagandista de la agenda estadounidense o como una propiedad intelectual que le permite poca libertad creativa a los escritores. El propio Haghenbeck se uniría a las críticas sobre lo limitado del personaje: en una entrevista del 2016 para *El Economista* confirmó que consideraba que ese número no era de su agrado y que las directrices de DC Comics no habían ayudado: “prefiero jugar con lo que yo he creado”.

Superman, como otros superhéroes de las grandes editoriales de cómic estadounidenses, está atrapado en un eterno ciclo de cambio y conservación que limita sus posibilidades creativas a los intereses y lineamientos de sus dueños corporativos, por eso en obras posteriores Haghenbeck abordó con mayor libertad y mirada crítica arquetipos como los del héroe épico o el héroe trágico —que son muy atractivos para los lectores interesados en aventuras legendarias— adecuándolos al contexto contemporáneo. Esto dialoga con la afirmación del también guionista de cómics Grant Morrison en su libro *Supergods* (2012), sobre que muchos inventos, como la bomba atómica o la televisión, también comenzaron como ideas y terminaron transformando al mundo. De la misma manera, la idea de personas con habilidades extraordinarias cuya motivación es proteger a la gente

de inspirarla a alcanzar su potencial es, para Morrison, una “idea a prueba de balas” que se ha nutrido de mitos de los panteones de diversas culturas para perdurar en la imaginación colectiva.

Haghenbeck, igual que Raymundo Rey, aprovechó la iconicidad del cómic y su naturaleza colaborativa para darle nuevas perspectivas a viejos y nuevos dioses, pero, como un Prometeo más exitoso, también llevó esa chispa creativa y una narración más basada en integrar acciones y explicaciones extradiégeticas a la literatura y luego a los medios audiovisuales.

Imaginar para sobrellevar la realidad

A Francisco Haghenbeck era difícil seguirle el paso, con una producción de 17 novelas, siete cómics y numerosas colaboraciones en antologías y obras colectivas; muchos nos enfrentamos a la realidad de estar leyendo o buscando una novela aparentemente reciente de este autor, y ver anunciada en librerías o en ferias del libro una o dos obras nuevas de géneros aparentemente distintos. Esto nos dio una amplia obra en la que convergen personajes históricos, ángeles, demonios, vampiros, piratas, periodistas, dioses olvidados, superhéroes y más. En general, Haghenbeck exploró cómo las ideas y las creencias inspiran a las personas para enfrentar circunstancias hostiles o realidades tan confusas que se vuelven inexplicables.

Quisiera destacar algunos personajes de tres de sus títulos publicados la década pasada que se enfrentan a situaciones adversas o insólitas. Primero están los hermanos Elsie y Louis Moreno (protagonistas de *Querubines en el infierno*), estadounidenses de origen mexicano afectados por la Segunda Guerra Mundial y la discriminación hacia la población chicana. Esto lleva a Elsie a unirse a las trabajadoras latinas y afrodescendientes de las armadoras de la Segunda Guerra Mundial —que fueron la inspiración de Rosie “La remachadora”—, y a Lois a pelear contra los nazis al lado de un ejército que lo discrimina y menosprecia, dejándole como motivación para sobrevivir su deseo de animar caricaturas. También encontramos al peculiar detective y guardaespaldas Sunny Pascal (protagonista de *Trago amargo*, *El caso tequila* y *Por un puñado de balas*), un



beat chicano que sobresale porque tras bambalinas intenta resolver los trapos sucios de las producciones cinematográficas de México, Hollywood y la España franquista mientras ahoga sus penas en una gran variedad de tragos. Finalmente, Elsa, la periodista que protagoniza la novela gráfica *Matar al candidato* (hecha en colaboración con Bef en 2019), se adentra en uno de los casos sin resolver más significativos de la política mexicana, el asesinato del candidato presidencial Luis Donald Colosio, y reflexiona sobre las traiciones, verdades sospechosas, fábulas y teorías que se han generado al respecto a más de 25 años.

Narrar en la tribu multimedia

Las historias que buscamos y compartimos son un reflejo de esa ancestral tradición de narrar en la fogata o

en la plaza pública; lo único que ha cambiado es que el acervo de historias se ha extendido a todo tipo de formatos, orales, gráficos o multimedia, y que las nuevas tribus que las comparten pueden formarse entre personas que nunca se han visto las caras. Francisco Haghenbeck era muy consciente de esto y supo tener presencia tanto en foros virtuales como presenciales (ferias del libro o eventos de prensa para Netflix), lo que lo convirtió en alguien muy estimado por la comunidad de entusiastas de la novela negra, la narrativa gráfica y la literatura en general.

Pocas semanas después de su fallecimiento, los conductores de *Con el calzón por fuera*, un podcast sobre cómics activo desde los años de mayor popularidad de Blogger (antes de la popularización de Facebook y Twitter), recordaban que Haghenbeck era un usuario muy presente en las secciones de comentarios de esa pequeña red de blogs propiedad de aficionados a los cómics, la fantasía, la ciencia ficción y la cultura *nerd*. En Facebook teníamos los suficientes contactos en común (fans menos tímidos que yo o personas dedicadas a algún proceso editorial) para que publicaciones tuyas me aparecieran seguido. Las que más recuerdo son las que dedicó a expresar su emoción por ver su novela *El Diablo me obligó* adaptada libremente para la serie de Netflix *Diablero*, o que el tema de la introducción fuera una canción de Café Tacvba, o una sobre su participación en eventos editoriales con el elenco del programa, o sobre el deseo de que la juguetera Funko sacara una línea de muñequitos cabezones inspirados en el cazador de demonios Elvis Ventura, su hermana Keta, Nancy Gama o el Padre Ventura.

Las historias perduran por la manera en la que son relatadas. Francisco Haghenbeck supo aportar a la literatura mexicana la curiosidad por explorar géneros muchas veces menospreciados e historias eclécticas que congregaron a lectores de todo tipo. La tribu de lectores y amigos (escritores, historietistas, periodistas, promotores de la lectura y un largo etcétera) que le rindió tributo en medios digitales, eventos editoriales y publicaciones es testimonio del poder de la imaginación y de lo mucho que inspira un artista que no le temió a la cultura pop ni a reinventar mitos. P



María Paola de la Torre "Mapu" se nombra a sí misma como una mujer en movimiento. Su camino como doula y aprendiz de partería ha sido germinado por el proyecto Bicíclica, el cual estaba pensado como un recorrido en bicicleta desde Baja California, México, hasta Ushuaia, Argentina, con el objetivo de recolectar conocimientos ancestrales sobre la partería. Como suele suceder, el viaje se transformó, y la llegada de la COVID-19 abrió la alternativa de construir nuevas rutas y llevarla por otros caminos.

Al trabajar con los ciclos, la visión del tiempo de Mapu fue una herramienta para hacer frente al cambio de planes. Entender el viaje como un estado de la mente, como un movimiento constante que encuentra su combustión en la libertad que ofrece la bicicleta y la calma que brinda una comprensión no lineal del tiempo fueron, quizá, los pilares —móviles— de esta aventura que despegó en Quito y aterrizó en la Ciudad de México, donde emprendió una ruta de saberes y cariños hasta llegar a Arizona.

Desde su labor y experiencias, Mapu nos abre un portal a una cosmovisión que plantea sanar aquello que la agitada vida moderna ha roto; nos acerca a la dura realidad de aquellas que entregaron sus manos para traer nuevos seres al mundo de una manera digna. Nos plantea la posibilidad de parirnos, transformarnos, construir nuevas posibilidades desde el acto mismo de la vida.

BICÍCLICA:

mujeres montaña, las manos que traen vida

AMANDA CASTRO

Fotografías cortesía de María Paola de la Torre

Contanos cómo arranca este proceso. ¿Te condujo a otros tránsitos personales?

Ya van dos años desde que empecé el proyecto, y se ha transformado mucho. Más que una mujer migrante, me reconozco como una mujer en movimiento, me reconozco como una mujer en movimiento, me gusta moverme sola. Llevo casi 10 años trabajando con mujeres sobre menstruación consciente, ginecología natural y círculos de mujeres, con información empírica, descubierta más desde la intuición, las sensaciones. Me fui formando así, y ahora ya tengo más herramientas.

El proyecto nació porque yo quería ir a estudiar partería en México, pero mi acercamiento tiene que ver con no querer institucionalizar la partería, con ir a un instituto y decir "Ahora soy partera". No digo que esté mal, pero yo no soy así, siempre busco alternativas. Entonces decidí hacer un viaje para conocer parteras y vivir con ellas, transitar con ellas. Puede ser que no me hablan de cómo acomodar un guagua [recién nacido] pero quiero conocer y honrar su vida, para mí eso ya es como un rezo; en el viaje me di cuenta de que eso también es parte de mi labor, es mi servicio hacerlo.

Y así fui agrupando cosas. Hice un *crowdfunding*, pedí y recibí auspicio, me regalaron la bicicleta toda equipada; estuvo súper chévere, descubrí muchas cosas que puedo hacer yo misma, camellando [trabajando],

pero con una meta clara. No sé por qué elegí México, es decir, por qué empezar allá y no en Ecuador. Pienso que México fue el país que me inició en muchas cosas, como en entender qué es la partería o la sanación, o hacia dónde quiero ir y cómo quiero seguir el proyecto. Entonces volé hasta la Ciudad de México, y después estuve nueve meses viajando en bicicleta, como un parto; la idea era dar la vuelta a Estados Unidos, bajar al sur de México, a Centroamérica e ir hasta Ushuaia, y bueno, llegué hasta Arizona porque me agarró la pandemia. Pero para mí es loquísimo porque en México cada estado parece una frontera.

Hablanos de la experiencia como mujer viajando sola en Latinoamérica y los factores de vulnerabilidad que eso implica. ¿Cómo te sentiste vos frente al viaje, a la frontera?

Cuando pisé la Ciudad de México y empecé a reunirme con gente me decían: “¿Cómo se te ocurre viajar sola?, te van a matar, te van a violar. ¿por qué elegiste México? Y peor, Puebla, y peor Veracruz”. Me cuestionaban por qué había elegido ese camino, y yo tampoco sabía. Para mí fue la mejor experiencia, nunca me pasó nada; creo que la energía de la bicicleta tiene que ver con confiar en la capacidad del cuerpo de estar en movimiento. Y yo estoy muy acompañada, me seguían halconcitos y aguilitas, y sentía que eran brujos y brujas que me daban guía cuando yo les preguntaba, y les sigo preguntando y siguen viniendo. Confiar es fundamental, nunca encontré a nadie que me quisiera hacer daño; al contrario, me encontré con personas que me abrieron su casa, su espacio, y con muchas mamás que querían ser mi mamá por uno o dos días. Así fue en México y en Estados Unidos. Creo que hay que cambiar el *chip* de lo que es transitar. Si transformamos la mirada sobre quienes transitan y sobre quienes acogemos a los que transitan, algo puede cambiar. Vemos noticias sangrientas que también son parte de la realidad, pero creo que hay más gente buena que mala, y yo prefiero viajar con eso.

No hice una investigación previa de México porque quería ir rescatando la tradición oral, me encantan Google y los libros, pero siento que se está perdiendo el

hecho de compartir la palabra y decir: “Mira, en este pueblito puede ser que encuentres una partera”. Y así fue. Yo iba preguntando, y era todo tan sincrónico que siempre me encontraba con familias que conocían parteras, o que me acogían hasta que encontrara una. La primera que conocí ni siquiera estaba en mi ruta. Yo quería ver las pirámides antes de ir a Puebla, y solamente me dijeron que en La Preciosita, en Tlahuapan, había una, y que era la única de esa zona, pero yo no tenía forma de contactarla. Llegué a Teotihuacán, y me recomendaron a una familia que tenía una partera: una mujer bella, viejita, de unos 90 años; se llama Fanny, como mi abuela, así que la conexión fue hermosa, lloré y ella también.

Parte de lo que he aprendido es que el mismo hecho de irles a honrar, de visitarles porque quiero escuchar su historia, ya es como escribir su nombre en el mundo; eso ha faltado mucho, honrar que por ellas —y por ellos, porque también hay parteros— nosotros venimos al mundo. La mayoría de las visitas me movían el corazón porque siempre me invitaban a quedarme a aprender con ellas, pero yo estaba con la energía del viaje, de la bici: seguir, seguir, seguir. Me he quedado con la sensación de que están abandonadas, al menos las mujeres que viven cuesta arriba, en el cerro, ya no se pueden mover, y han sido las parteras del pueblo. Fanny me dijo que ella era como la abuela de medio Teotihuacán, pero muy poca gente lo sabía. Las parteras tradicionales se hacen pariendo, ella se hizo partera porque dio a luz a sus 11 hijos sola; aprendió investigando y cuidándose porque tampoco su esposo estuvo ahí. Me di cuenta de que hay muchas maneras de convertirte en partera, algunas lo son porque se hacen madres, y existe una labor y una energía de la gran madre. Hay parteras a las que se les transmite el don por las manos. Otras a quienes les llegaba en sueños, soñaban con mujeres que llegaban con canastas y traían bebés y plantas, y a veces no querían, pero es un don que, si te llega, tienes que hacerte cargo.



María Julia, El Cañón, Xilitla, San Luis Potosí

¿La tradición de pasarse el don es de las parteras o parte de la cosmovisión de algún pueblo originario?

Es algo muy instintivo pasar a tu linaje lo que tú eres; si la mamá o el taita [abuelo, guía] siente que ése es tu legado, te lo pasa. Las mujeres que conocí en Veracruz tenían esta práctica. La mamá era partera de años, vio a una mujer llamada Herminia y le pasó el don. He visto que acá en Ecuador, en México y en Colombia ya no hay comunidad, ya no quieren recibirlo, ya no quieren seguir a la abuela, a la mamá, a la tía porque tienen miedo, escuchan historias de que si se te muere un guagua es lo peor porque no hay derechos o seguridad social para ellas. Para nosotras es como una sentencia hacia nuestra labor. La partera que conocí en Xilitla, desde que se le murió un bebé, dejó de hacerlo por temor, entonces la comunidad le ayudó dándole un trabajo de hacer el inventario en la farmacia del centro de salud. Y claro, ella estaba contenta porque le pagan, pero a mí en el fondo me daban ganas de llorar, sentí que era una forma de cortarle las manos.

¿Existe una comunidad de parteras en México?

Sí, hay comunidad, hay parteras que tienen alianzas con centros médicos que las apoyan o les ayudan a

organizar congresos. Pero muchas de las más viejitas que encontré se sentían abandonadas; les decían que dejaran de ejercer su labor porque de por medio hubo una muerte; y claro, si en un hospital se muere una mamá o un bebé, todo sigue normal, es parte de la vida, pero cuando se le muere a una partera tradicional puede ser la hecatombe para todo el pueblo.

Fui a un congreso de parteras cerca de Xilitla, y era muy extraño porque la manera de conmemorarlas era dándoles una foto de ellas agradeciéndoles por su labor y ya. Y se sienten conmemoradas, pero hay mucho más de fondo. Ahí conseguían equipo, asesoramiento, insumos, y se lograban contactar, pero no es que se conocieran de antes o que existiera una red entre ellas.

¿Cómo percibe la sociedad actual a las parteras? ¿Podemos generar condiciones y espacios más seguros y dignos para su labor?

Ahora que he retomado las entrevistas me pregunto por formas de convocar o agrupar a las mujeres de acá, de la montaña, y es un trabajo muy potente porque al Estado no le interesa que las mujeres estemos despiertas; esta labor empieza en una, en honrar nuestra sangre, en ver cómo son nuestros ciclos, en preguntarnos cómo

tener un parto o un aborto respetados. Para mí es importante hablar de ambos temas, la pérdida perinatal y un aborto decidido son como un parto a la muerte, entonces ¿cómo hago para que eso sea consciente? ¿Cómo acompaño? Y es que somos tan poderosas como Kali, esa bruja con todas las manos; tenemos la luz y la sombra juntas. Claro que el mundo ha hecho que nos vayamos silenciando, pero cada vez hay más mujeres que quieren hablar de sus ciclos, del parto, de la muerte y del aborto de una manera más abierta. Las parteras son abuelas, son las montañas, y a una montaña no la puedes mover; les han pasado por encima, y por eso toca buscarlas, visitarlas, llevarles un pan, un chocolate, hablar con ellas. Yo siento que es ir de tú a tú, creo mucho en el trabajo personal; a veces sólo por honrar su trabajo también estás honrando todo su linaje.

Y nos toca construir los derechos de las parteras a nosotras, a las nuevas generaciones que quieren ser parteras, doulas y a las madres que buscan tener un parto respetado. Yo no me he involucrado tanto en el plano político porque es ir hacia otra dirección, y todavía

no encuentro cómo podríamos ayudarlas. Desde mi perspectiva considero importante hacer contratos con las familias, de palabra o de papel, tomando en cuenta que, como en un hospital, si la muerte quiere llegar va a llegar; obviamente estamos muy pendientes de qué y cómo está pasando, no vamos a permitir que suceda nada, pero no somos quienes ayudamos a parir a la mamá, y a veces muchas familias piensan eso. Realmente acompañamos a la mujer a que se empodere con su cuerpo para parir. Y hacemos todo lo posible, traemos todas las magias, bajamos a todos los seres, pero tampoco podemos entrar al cuerpo, a la emoción, al espíritu de la madre. Acompañamos hasta donde podemos, y eso es lo que el mundo o las noticias no entienden.

En México existía la tradición de darles una pequeña mensualidad, como 100 pesos, para comprar guantes quirúrgicos y demás. En San Luis Potosí supe que a algunas les dejaron de pagar. Muchas veces, cuando las parteras envejecen ya no atienden a mujeres, pero reciben a gente que va para que les soben o hacen

consultas sobre plantas medicinales. En la parte institucional hay parteras que dan charlas y enseñan; suelen ser más jóvenes, de entre 40 y 50 años, o las que quieren ser parteras, de 20 o 30. Pero pocas personas, quizá sólo las del pueblo, conocen a las abuelas, que necesitan amor, comida, agua, un buen techo, medicamentos cuando es el caso.

¿Cómo se transformó tu labor como doula con los aprendizajes adquiridos?

Se sigue transformando. Pausar el viaje me ayudó a asentar tanta información. Ahora entiendo que era necesario volver a casa para ello. A veces me sentaba a escucharlas, durante horas o días. Cuando ellas me contaban, a pesar de que no me estuvieran enseñando manualmente, yo entendía sobre la técnica, sobre cómo mover al guagua. Yo creo que todas podemos ser parteras, podemos recibir a pesar de todos los parámetros clínicos que han impuesto. Jesús nació en un establo, ¡entre burros, pasto, caca, los dos solos!, ¡y es el hijo de Dios! Si realmente tomáramos esa palabra en serio entenderíamos que se puede parir en cualquier lugar, incluso solas. Yo siempre invoco a todas cuando acompaño partos, y me ha ayudado a aceptar la forma en que aprendo: viendo, haciendo, estando, escuchando, y a creer en mi intuición. Acá una madre me eligió para que fuera su partera a pesar de que yo era aprendiz; ella tenía otras parteras, pero me lo pidió a mí, le pregunté si estaba segura y ella insistió, fue la primera guagua que recibí. Me pareció muy significativo venir a iniciarme acá, en mi país. Después de eso otra partera me dijo: "Ya está, ahora tienes que hacerte cargo". Ha sido todo un proceso hacerme cargo de lo que llevo gracias al viaje, a todo lo que movieron en mí y a las herramientas adquiridas. Trato de nombrar ciertas cosas que me ayuden a conocerme, a ser coherente con el trabajo y a aprender a cuidarme mucho a mi misma. La mayoría de las parteras no nos cuidamos porque nos acostumbramos a dar ilimitadamente. Se nos da dar. Ha sido un trabajo entender lo importante que es cuidar la energía. A mí me impresionaba cómo teniendo tan poco me daban tanto, a veces dinero o comida. Eso lo vi en las mamitas: como las parteras de la montaña ya están



Fanny, Teotihuacán, Estado de México

puestas en el personaje que solamente da y da, se quedan solas, enfermas y sin nadie que las acompañe o las cuide.

¿Cuáles herramientas te interpellaron más durante el viaje?

Una de las herramientas que más me ha impactado y que he trabajado es el tema de la presencia, como partera, doula, acompañante o hermana, si vas a un parto, vas a un espacio sagrado. Tu presencia también implica desnudez, no hay que ir desde el ego de recibir al bebé y cortar el cordón; yo aprendí con ellas que una va a estar por si la madre necesita un canto o si necesita escuchar su cuerpo, se trata de ayudarla a volver cuando está en esa transición de morir como mujer y parirse como madre. Las parteras tenemos que trabajar mucho el ego, no somos las que venimos a salvar, eso hay que



Aracely, Pueblo Nuevo, Durango



Herminia, El Porvenir, Misantla, Veracruz

destruirlo todo el tiempo, no somos más que manos que reciben. De la mayoría de las parteras me ha quedado la humildad, el trabajo, la empatía. También tiene que ver con la conexión con las plantas; es irles a cantar, a pedirles permiso para hacer un baño —yo trabajo con el tabaco, a veces puedes usar toda tu vida una planta y ésa es tu planta—, para trabajar con ellas.

Otro de los aprendizajes es escuchar. Cada familia es diferente, hay familias a las que se les puede hablar de las energías, y hay otras que quieren saber todos los protocolos, entonces como parteras tenemos que estar muy informadas. Yo elegí un camino más tradicional; trabajar con plantas, movimientos, con mi voz, con el manteo. No soy muy cercana a la partería urbana porque sería enlazar las dos, medicina alópata y naturista. Aunque no descarto en unos años contar con otras herramientas de la medicina alópata, pensando sobre todo en la diversidad de mujeres, creo que siempre hay que honrar la raíz de donde se viene, la tradición, y creer fielmente que si tus manos te dicen que puedes, pue-

des; para mí acompañar desde la partería es confiar en que mis manos pueden hacerlo porque llevan todo este conocimiento.

¿Cómo es la relación del parto digno y amoroso frente a la violencia estructural de los centros hospitalarios contra las personas con capacidad gestante?

Es tenaz [complicado]. A veces atiendo partos hospitalarios, pero si dices que eres partera no te dejan entrar; las doulas ya tenemos el derecho, pero depende del hospital o del ginecólogo si permite que estemos o no. No hay educación para tratar a la madre como se merece. Me han tocado casos en los que mientras un enfermero le pedía a la mamá su número de identificación, otro le ponía una intravenosa sin decirle qué era, y entonces provocaban un sangrado del que tampoco se disculparon. Yo intenté ayudar, pero no puedo decirle a la ginecóloga qué hacer; dentro del hospital no tenemos voz. Existen hospitales donde se nos res-



Aurelia y Herminia, El Porvenir, Misantla, Veracruz

peta, pero especialmente las instituciones públicas son las más restrictivas. Cuando me gradué de doula acompañé un parto en un hospital, y cuando nació el bebé el doctor le dijo a la mamá: “Ahora sí ya no va a querer volver a abrir las piernas”. ¿Cómo le dices eso a una mujer que acaba de parir, mientras le están limpiando el canal vaginal!? Recuerdo que mi maestra me vio a punto de maldecirlo, pero me contuvo porque eso habría vulnerado más a la madre. En verdad me pregunté: ¿es en serio, hombre? La violencia obstétrica no empieza en la labor de parto sino desde el momento que se elige o asigna ginecólogo. Existe mucho miedo sobre el parto en casa por todo el estigma del que ha sido rodeado.

Como doula entiendo que en ciertos casos sí es necesaria una cesárea u otras formas de intervención hospitalaria, hay cosas que no podemos controlar, y la medicina está como un apoyo maravilloso. Pero la institución médica no está preparada ni es empática con las madres, las tratan como si estuvieran enfermas, como si fuera una emergencia que tiene que suceder rápido. Las labores de parto pueden ser muy variables en cuan-

to a su duración, y esto es agotador anímicamente, tu trabajo como persona que recibe es acompañar, sostener, ser amor, porque si cometes un error en esto puedes cortarles las contracciones a la mamá. Creo que es necesario un gran cambio en la institución y un trabajo reflexivo de parte del personal médico.

Agradecemos lo que nos compartes, ¿quisieras cerrar con alguna reflexión?

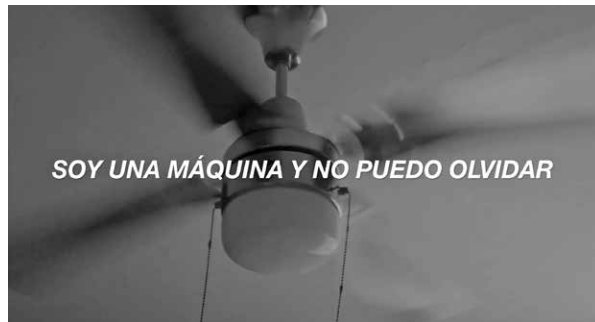
Se trata de rescatar la sabiduría de esta labor. Para mí parte de ello es nombrar que detrás de todo esto no está mi voz, la forma en que acompaño no soy sólo yo, sino que detrás, en mi equipaje, hay muchas mujeres que aparecieron y siguen apareciendo.

Nos convoco a trabajar en nosotras, en la información que tenemos a la mano, ahí, en nuestro cuerpo. A honrar a nuestras ancestas y ancestros, a no olvidar que son parte de nuestro linaje. Y si podemos visitarles o nombrarles, ésa es una forma de traerles en espíritu. Mucho del trabajo está en nosotras, para seguirnos sosteniendo en este rezo que son ellas.



Sin espacio en la memoria

MIGUEL ÁNGEL REYES



ANTOLOGÍA DE POESÍA ELECTRÓNICA

Martín Rangel.

Soy una máquina y no puedo olvidar.

Antología de poesía electrónica.

Centro de Cultura Digital.

2017, 8' 08".

Los impulsos de la literatura electrónica y sus provocaciones en el circuito de la producción artística han fracturado los entornos de intercambio cultural, y paulatinamente se han abierto espacios de circulación en donde las tecnologías son las protagonistas de las transformaciones materiales en cuanto al ámbito creativo se refiere. Tal es el caso del Centro de Cultura Digital (CCD) en la Ciudad de México, que se dedica a la "producción, formación, comunicación y reflexión sobre nuevas manifestaciones culturales, sociales y económicas, que surgen a partir del uso cotidiano de la tecnología digital". La pieza *Soy una máquina y no puedo olvidar* del escritor hidalguense Martín Rangel, que se encuentra en la *Antología de poesía electrónica*, representa una de estas manifestaciones.

La pieza en cuestión se estructura en al menos tres planos de profundidad visual, es decir, la composición es en sí misma un video de 10 minutos que se superpone a una secuencia de imágenes en movimiento. En el video se despliega otro plano que ejecuta un editor de texto, en el que aparecen las letras de una carta escrita en tiempo real con el sonido del tecleo de una máquina retro, y después de la misiva aparece la grabación sonora de un poema al que se ha aludido antes. Sirva esta escueta descripción únicamente como resumen de algunos rasgos que permiten discutir sobre la estética digital.

(In)materialidades del texto

No deja de sorprender el hecho de que un tipo de discurso tan antiguo como el de la carta siga teniendo una validez tan extendida, en particular para asuntos formales e institucionales. De este subgénero de las correspondencias se espera que sea cuidado, preciso y atento, quizá en clara oposición a la inmediatez de la

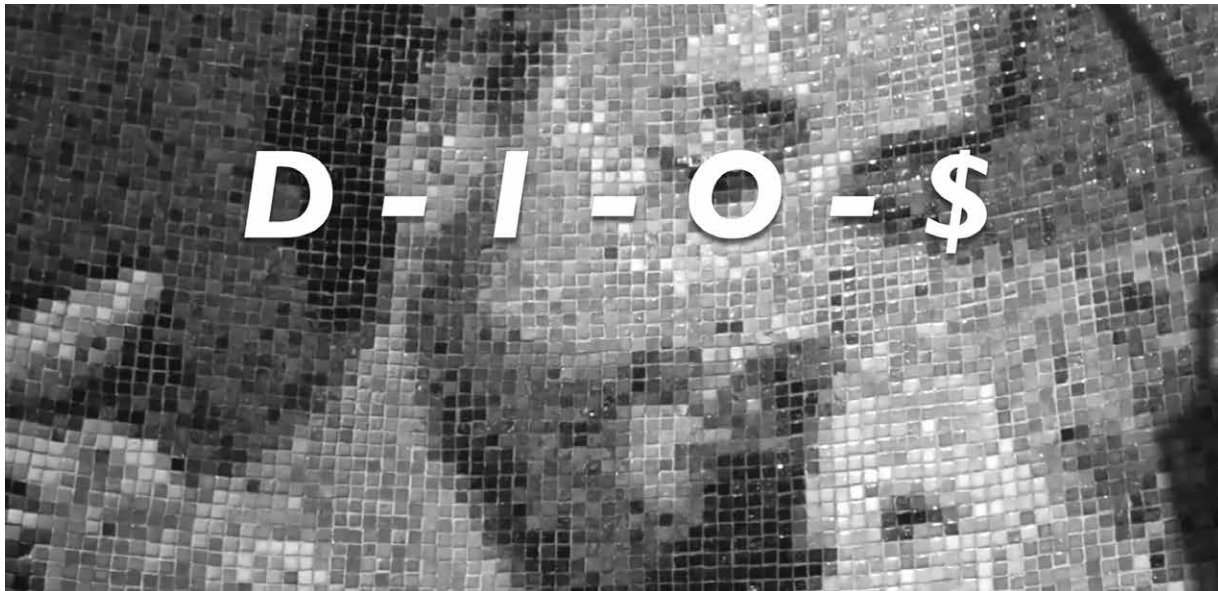
comunicación por mensajería "instantánea". Por lo tanto, no es casual la elección de empezar la obra con un tipo de discurso como éste, que plantea desde un comienzo matices, paradojas y contradicciones que envuelven su contenido, el cual es reforzado por el ambiente sonoro de una *máquina* de escribir. Es decir, dentro de la propia puesta en escena hay un despliegue de la materialidad del texto y de su larga tradición con los soportes tecnológicos. Vale la pena insistir en el entorno sonoro porque establece vínculos inmersivos con el espectador, ya que en el propio desdoblamiento de las palabras se logra un efecto personal con el lector, como si fuera éste quien redacta la carta, como si él fuera el protagonista de lo que acontece. Pero además se revela un supuesto de mayor dimensión: muestra la escritura como un proceso, como algo que se genera progresivamente y que no está dado de una vez o emerge espontáneamente. Cuando leemos algún texto en el soporte tradicional del libro, en cambio, aquél se presenta como algo inmutable, definido de una vez con toda su extensión, miramos la hoja y se observan las palabras completas. Por otro lado, el ejercicio de Rangel exhibe la condición de una escritura que se gesta a un ritmo diferente, y a la cual accedemos poco a poco.

Asimismo, en términos de contenido plantea profundas interrogativas filosóficas sobre qué compone a la conciencia y si una máquina puede generarla. En este punto quiero hacer referencia a la presentación TED (2015) de Oscar Schwartz *Can a computer write poetry?* en la cual menciona lo siguiente:

Así que cuando nos preguntamos: "¿puede una computadora escribir poesía?" también nos estamos preguntando: "¿qué es lo que significa ser humano y cómo ponemos límites alrededor de esta categoría?, ¿cómo es que decimos quién o qué puede ser parte de esta categoría?" Ésta es una pregunta esencialmente filosófica y, creo, no puede ser respondida con un test de sí o no, como la prueba Turing.¹

Es la arquitectura textual la que organiza las preocupaciones temáticas. En la carta se leen las palabras del encargado de desarrollar un robot que "asista a los artistas en la manufactura, el proceso físico de construir una obra, la labor manual", de manera que éste se dedique únicamente a "la labor intelectual: pensar la obra, y el robot la llevaría a cabo." Lo anterior mina las concepciones de lo que se considera arte y, más aún, de la relación del trabajo con el artista. Pero la carta de la pieza va todavía más allá cuando se descubre en ella que uno de los tres prototipos manifestó un "comportamiento extraño" al mostrar fijación por la escritura creativa, lo que no sería demasiado inquietante si no fuera porque se nos dice que en el documento se adjunta el archivo generado por el robot luego de que el encargado del proyecto le solicitara a aquél escribir un poema.

¹ So that when we ask, "Can a computer write poetry?" we're also asking, "What does it mean to be human and how do we put boundaries around this category? How do we say who or what can be part of this category?" This is an essentially philosophical question, I believe, and it can't be answered with a yes or no test, like the Turing test.



La segunda parte de la pieza comienza cuando la carta, firmada en octubre de 2017 en la ciudad de Hong Kong, cede paso a una secuencia visual con una voz “robotizada” que recita lo que parece un poema. La preocupación de la voz, que se asume como el robot, gira en torno a la memoria que posee éste en contraste con la de los humanos, éstos olvidan, pero la memoria de la computadora es potencialmente infinita. Sobresale la incorporación de diferentes escenas que en su aleatoriedad expresan lo fragmentario de los recuerdos y la “compleja simplicidad de la condición humana”, que contrastan con las palabras de la voz robopoética. En relación con lo anterior, podemos decir que la “creación” de Whitman (nombre que le da su creador al prototipo autor del poema) es una simulación de la *autopoiesis* que el artista argentino Gustavo Romano había explorado en *IP Project* al abordar el carácter ontológico de los *bots* para producir artefactos *autopoieticos*.

Las herramientas tecnológicas posibilitan una mayor versatilidad de los textos y su circuito de comunicabilidad, además de acercar a la comprensión de la heterogeneidad que compone los discursos. Las inclusiones de un ambiente sonoro, de imágenes estáticas y en movimiento mezcladas con la oralidad entrelazan una red textual que exige al lector explorar las obras e incluso manipularlas. Desde los trabajos de la literatura electrónica y las poéticas digitales hace falta dinamitar aún más sus capacidades y difundirlas para rescatarlas del esnobismo intelectual. Porque uno de los futuros más optimistas en esta clase de manifestaciones es su alcance para lograr un registro más complejo y diverso de las experiencias sociales y la memoria colectiva.

¿Cómo va a ser una buena hija de María?

Reseña de *Una niña es una cosa a medio formar* (2019) de Juan Miranda

CAROLINA ULLOA

A *Girl is a Half-formed Thing* (2013), de Eimear McBride, presenta una sociedad contemporánea católica y patriarcal donde una joven irlandesa, cuyo nombre jamás se menciona, crece en una familia en la que impera el abuso. Mientras la protagonista está en crecimiento, y desde el vientre materno, se le inscribe en un discurso en el que las figuras femeninas están subyugadas a lo masculino. Entre las varias violencias que se ejercen sobre ella la más importante es la violación que sufre a los 13 años a manos de su tío: una experiencia a partir de la cual comienza a explorar su cuerpo y sus límites de formas perjudiciales. El ejercicio escritural de esta autora irlandesa es experimental y excesivo; ocurre por medio de un flujo de conciencia fragmentario que mezcla oraciones con frases, repeticiones con silencios y, en el clímax, minúsculas y mayúsculas. La obra muestra el horror de un credo impuesto sobre un cuerpo femenino, uno que se resume en la sentencia que el abuelo inculca en la protagonista: “Your body is a temple for Christ” (p. 14).

Una sexualidad corrupta, basada en la culpa y en la autolaceración, es el resultado de dicha doctrina católica en el cuerpo y la psique de la chica, quien termina destruyéndose. Los juegos de lenguaje de McBride aterrizan en el contexto mexicano con la puesta en escena de *Una niña es una cosa a medio formar* (2019), adaptación dramática del director Juan Miranda. Adriana Tolledo y Pía Laborde-Noguez, quien además encarna a la protagonista, traducen la adaptación de Annie Ryan. Su trabajo logra representar la especificidad de nuestro entorno, pues, como Irlanda, México es un país en el que también vivimos bajo reglas patriarcales y católicas. La cercanía de esta adaptación se observa, en lo más básico, en las muchas “chingadas de madre”, los “putazos”, los



Museo Tamayo

MUSEO TAMAYO
CULTURA | BINAL MAQUINO | ESCORTI

3, 4, 10 & 11
de Agosto 2019
18.30h

Dirección: Juan Miranda.

Una niña es una cosa a medio formar.

Museo Rufino Tamayo.

10, 11, 17, 18, 24 y 25 de agosto del 2019

“vatos”, el consumo de José Cuervo, Herradura y tacos, pero también va más allá de la contextualización. La fidelidad con la que el equipo monta la escena emula las preocupaciones que ya están dispuestas en el texto de McBride: los horrores que puede experimentar un cuerpo femenino cuando es sometido a un credo opresivo que imposibilita la concreción de la identidad.

Esta *performance* muestra en carne viva la ruptura, la repetición, la gramática accidentada y la falta de aire de la novela. Los horrores que vive la protagonista de la obra de McBride se intensifican gracias a la actuación de Laborde-Noguez, quien, en una hora, da voz a la fragmentación. Al principio, desde la audiencia, se observa la tarima oscurecida del Museo Tamayo, con una luz tenue y azulada que apenas enmarca a la protagonista. Ella da la espalda a un escenario construido con tubos metálicos que forman un rectángulo, con dos divisiones internas y tres persianas fragmentadas verticalmente, y un decorado que sólo puedo describir como onírico. La protagonista mira al frente y así nos hace partícipes del “tú” que abre la novela y su adaptación: “For you”; “Para ti”.

El ejercicio imaginativo que se exige de la audiencia gracias a la concepción minimalista del espacio enfatiza la falta de concreción de identidad bajo la cual se construye la niña. Éste se aprovecha mediante ella misma, quien, en esta psicosis, personifica las distintas voces del flujo de conciencia por medio de sus posturas, registros y su deambular. Por ejemplo, Mami usa un tono exagerado, pone una mano en la cintura, se lleva otra a la boca, se persigna y juzga con frecuencia, como la madre mexicana estereotípica de la telenovela. El tío, el personaje más erudito en su vocabulario, tiene un tono sereno y paternal. La niña, en cambio, siempre nos mantiene la mirada y nos reta; tiene una actitud desafiante que incómoda y provoca. Además, maldice constantemente y grita, lo que ocasiona una risa muy particular en la audiencia que después nos congela una vez que eso es el vehículo para articular el abuso sexual. Impera el silencio a partir de la primera violación —“Me estoy muriendo. Cuando lo hace. De dolor”—, pues atestiguamos, mediante la corporalidad de Laborde-Noguez, y casi a borbotones, la serie de violencias que ejercen en ella entidades masculinas que sabemos externas, pero que se manifiestan corporalmente en una sola mujer.

Si bien desgarradoras, tanto la novela como la adaptación mexicana son necesarias en el contexto actual. Mientras que *A Girl...* nos deja sin palabras, *Una niña...* nos roba un instante de vida, pues el teatro, al ofrecer esa experiencia colectiva, nos permite vivir de cerca lo que le ocurre a la protagonista. De no haber sido por la pandemia, el equipo de producción Dolores habría montado la escena una vez más en 2020: pero regresarán. Cuando sea seguro salir a la calle de nuevo, *Una niña...* nos estará esperando para deleitarnos con la estética de su espectáculo y su maestría, al tiempo que nos confrontará con esta realidad imposible de ignorar. 📍

Fuentes consultadas:

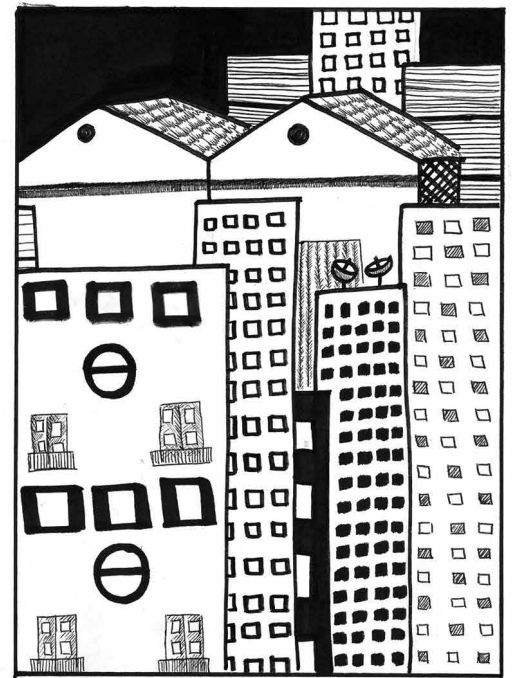
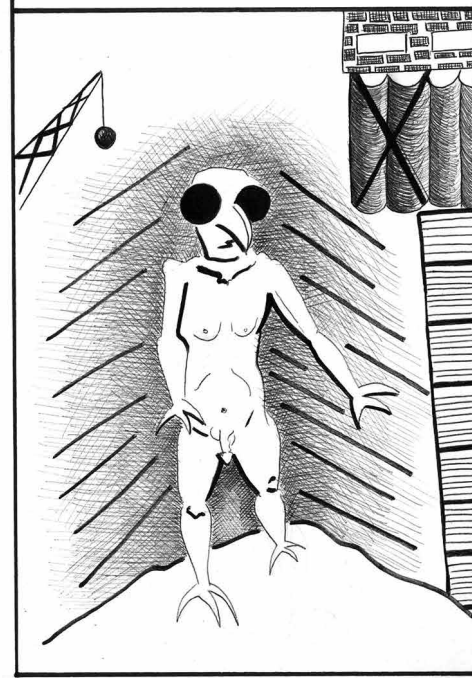
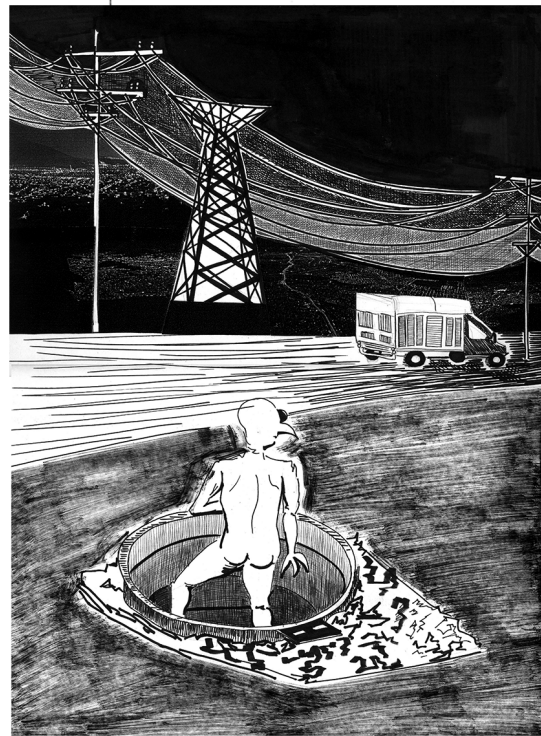
McBride, Eimear. *A Girl is a Half-formed Thing*. Londres, Faber & Faber, 2013.

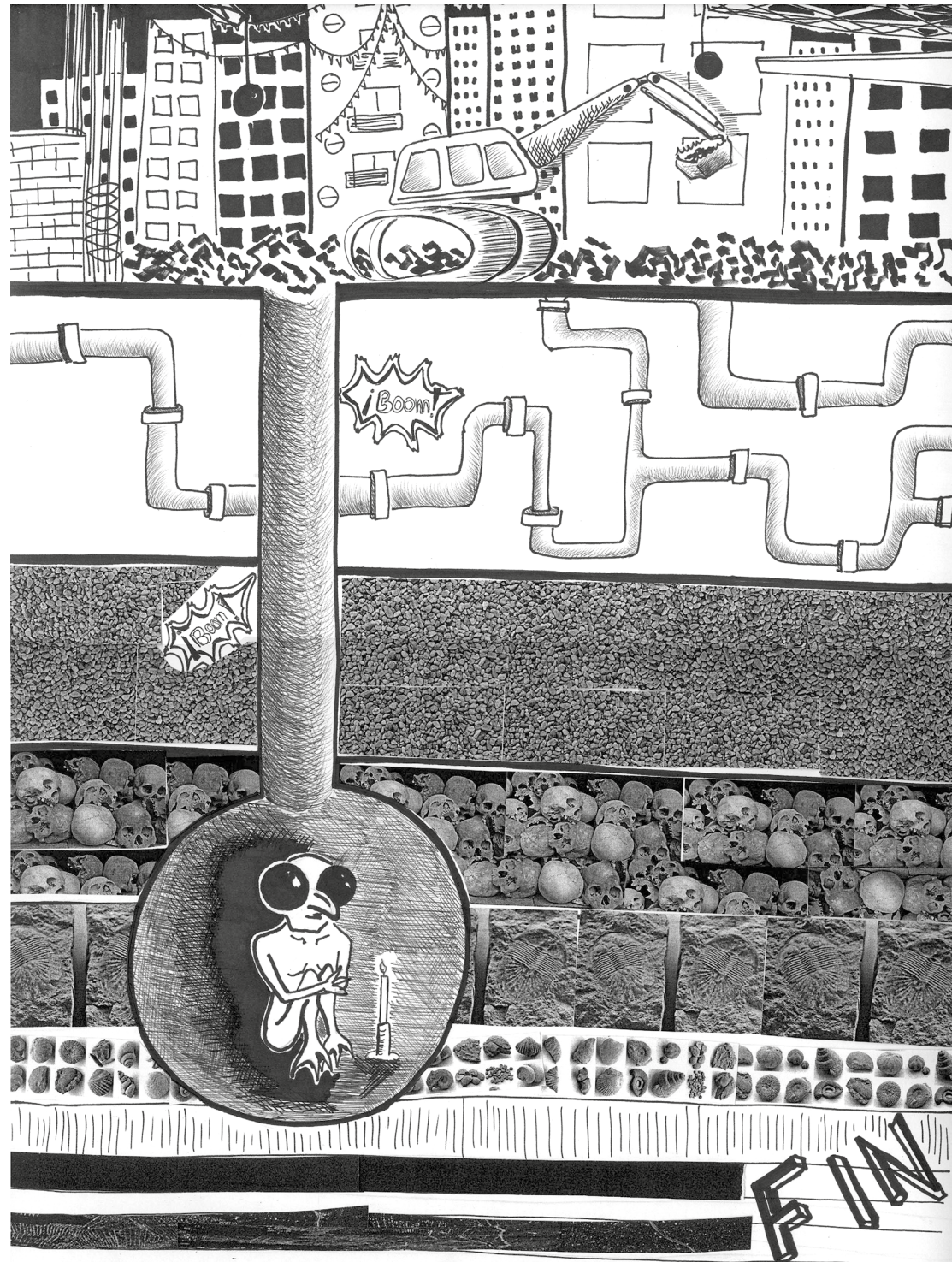
A Girl is a Half-formed Thing. Adaptación para el escenario por Annie Ryan. Londres, Faber & Faber, 2015 [versión Kindle].

Miranda, Juan, dir. “*Una niña es una cosa a medio formar*” [versión completa con subtítulos]. Vimeo. Lionfish Films, 10 octubre 2019. 26 marzo 2021.

TINTA SUELTA







Ofelia Ladrón de Guevara (Xalapa, 1998). Cuentista y ensayista. Estudió antropología en la UNAM. Ha publicado en *Blog de los jóvenes de la Revista de la Universidad de México* y en *La Guarida*.



Rodrigo Rivera Vázquez (Acapulco, 1995). Cursa la carrera de Estudios Latinoamericanos en la UNAM. Coordina un proyecto y la revista *Xinachmej*, ambos sobre educación socioambiental para infancias.



Itzel Espinosa Fuentes (Ciudad de México, 1995). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM. Escribe narrativa. Textos suyos aparecen en *Pensar lo doméstico*, *Punto en línea* y *Especulativas Mx*.



Emanuel Bravo Gutiérrez (Tehuacán, 1992). Es licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica. Fue becario de la FLM (2016-2018), del FONCA (2020), y actualmente del PECDA Puebla (2021).



Jonathan Mirus (León, 1993). Estudiante de Letras Españolas de la UdeG. Es cocreador y editor de *El Gallo Galante*. Ha colaborado en la revista *Polen* y participó en el VIII Festival de Poesía de Fusagasugá.



Dianna María Castañeda (Tuxtla Gutiérrez, 1997). Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV. Es autora de *He empezado a caminar* (2010) y *Olvida y Regresa* (2012). Ha publicado en *Punto de Partida*, *Metáforas al Aire*, *Los demonios y los días* y *Punto en línea*. Becaria del PECDA (2021) en Poesía.



Pablo Feram (Puebla, 1992). Es licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica por la BUAP y estudiante de maestría en Literatura Hispanoamericana en la misma institución. Ha publicado en medios digitales como *Drama en gente*, *CuestionArte* o *La Otra Voz*.



Yuliana Rivera (Veracruz, 1985). Ha publicado en *Tierra Adentro*, *Este País*, *Letras Libres*, *La Palabra y el Hombre*, *Círculo de Poesía* y *Maremoto Maristain*. Colabora en el Seminario de Edición de Textos Críticos de la UNAM. Es parte de la antología *Aún queda la noche* (2019). En 2018 obtuvo el Premio Nacional de Poesía José Emilio Pacheco.



Miguel Ángel Reyes Mendoza (Ciudad de México, 1998). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM. Ha publicado crónicas y ensayos en diversas revistas literarias. Actualmente desarrolla un proyecto sobre la intervención política de las tecnopoéticas.



Carolina Ulloa (Ciudad de México, 1995). Es licenciada en Lengua y Literaturas Modernas Inglesas y maestrante en el Posgrado en Letras en la UNAM. Fue becaria del proyecto "Literatura angloirlandesa contemporánea de los siglos xx y xxi".

• COLABORADORES •



Joaquín Martínez Terrón (Ciudad de México, 1993). Pasante de Sociología en la FCPYS UNAM. Ha publicado en el *Blog de los Jóvenes de la Revista de la Universidad de México* y en Observatorio Migrante de la revista *Nexos*.



Emi G. Canchola (Ciudad de México, 2000). Estudió Creación Literaria en el Centro Estatal de Bellas Artes (CEBA), y en 2020 obtuvo el premio estatal de poesía *Tiempos de Escritura*, ambos en Yucatán. Ganó el Séptimo premio Iberoamericano de Poesía Joven Alejandro Aura. Sus poemas han sido publicados en diversos medios.



© Diego Velmont

Hugo Labravo (Ciudad de México, 1989). Escritor, traductor y comiquero. Estudió Filosofía en la UNAM y la maestría en Traducción en el COLMEX. Ha traducido para Penguin Random House y Planeta. Su traducción de *El Premio* de Antoinette Rychner, Premio Suizo de Literatura 2016, apareció en 2019 en *Abismos*. Es autor de *Infinitas cosas* (2011) y *Transfinitas cosas* (2018).

🌐 hugolabravo.com



Axel Alonso García (Ciudad de México, 1992). Licenciado en Comunicación por la FCPYS UNAM. Ha colaborado en la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM. Ha publicado en revistas como *Contraportada* y en el portal y podcast sobre historieta *La Covacha*.

🐦 @RAXelAlonso

📷 r_axel



Amanda Castro (San José, Costa Rica, 1992). Es licenciada en Cine y televisión. Trabaja temas relacionados con la defensa del territorio y el acceso a memoria, verdad y justicia.



Diana Verónica Olivosa Mata (Ecatepec, 1988). Es docente de bachillerato.

• COLABORADORES •



Valeria Cordero Yunes (Ciudad de México, 1999). Fotógrafa mexicana. Estudió en la Escuela Activa de Fotografía, donde participó en la exposición colectiva "La candela". Actualmente cursa la carrera de Desarrollo y Gestión Intercultural en la UNAM.

📷 valearetr



© Claudia Lagunas

Yola Reyes (Ciudad de México, 1987). Estudiante de Arte y Comunicación Digitales en la UAM Lerma. Ha participado en publicaciones de la JAPEM, del CICEM y del Ayuntamiento de Metepec. Colabora con Aleph Multimedia y es parte del colectivo #UnoMás.

📷 yoladaisuke

📌 Yola Reyes – Fotografía

• COLABORADORES •



Carolina Caballero (Ciudad de México, 1992). Estudió Artes audiovisuales en el Centro de Artes y Música, y Fotografía digital y analógica en la Escuela Activa de Fotografía, en la que participó en la exposición colectiva "La candela". Actualmente imparte el taller de "Objeto fotográfico" en la Secretaría de Cultura.

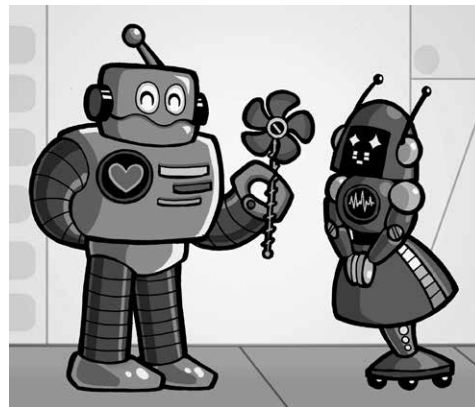


Instagram: [ccarolinacaballero](#)



Jorge Ponce (Cuernavaca, 1991). Comunicólogo egresado de la UNAM, titiritero de profesión en la Compañía de Marionetas Tekereke. Hace *cartoons*, anime y portadas para álbumes musicales.

Instagram: [jorgeponce.art](#)

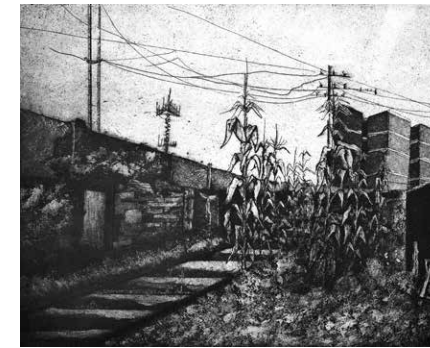


• COLABORADORES •



Gabriela Yokebed Islas Muñoz (Ciudad de México, 1998). Es miembro fundador de *Saca la Lengua Fanzine* junto con Aitana Galaviz, Diego Mapache Ortiz y Tonas Lima. Su trabajo parte de la memoria y su relación con el espacio y el otro, usando como medio el dibujo, la narrativa gráfica, la fotografía y el grabado.

Instagram: [yoke_ismu](#) Instagram: [saca_la_lengua_fanzine](#)

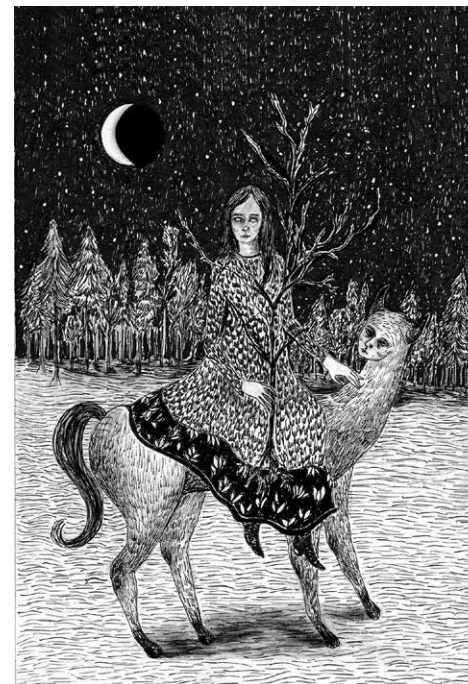


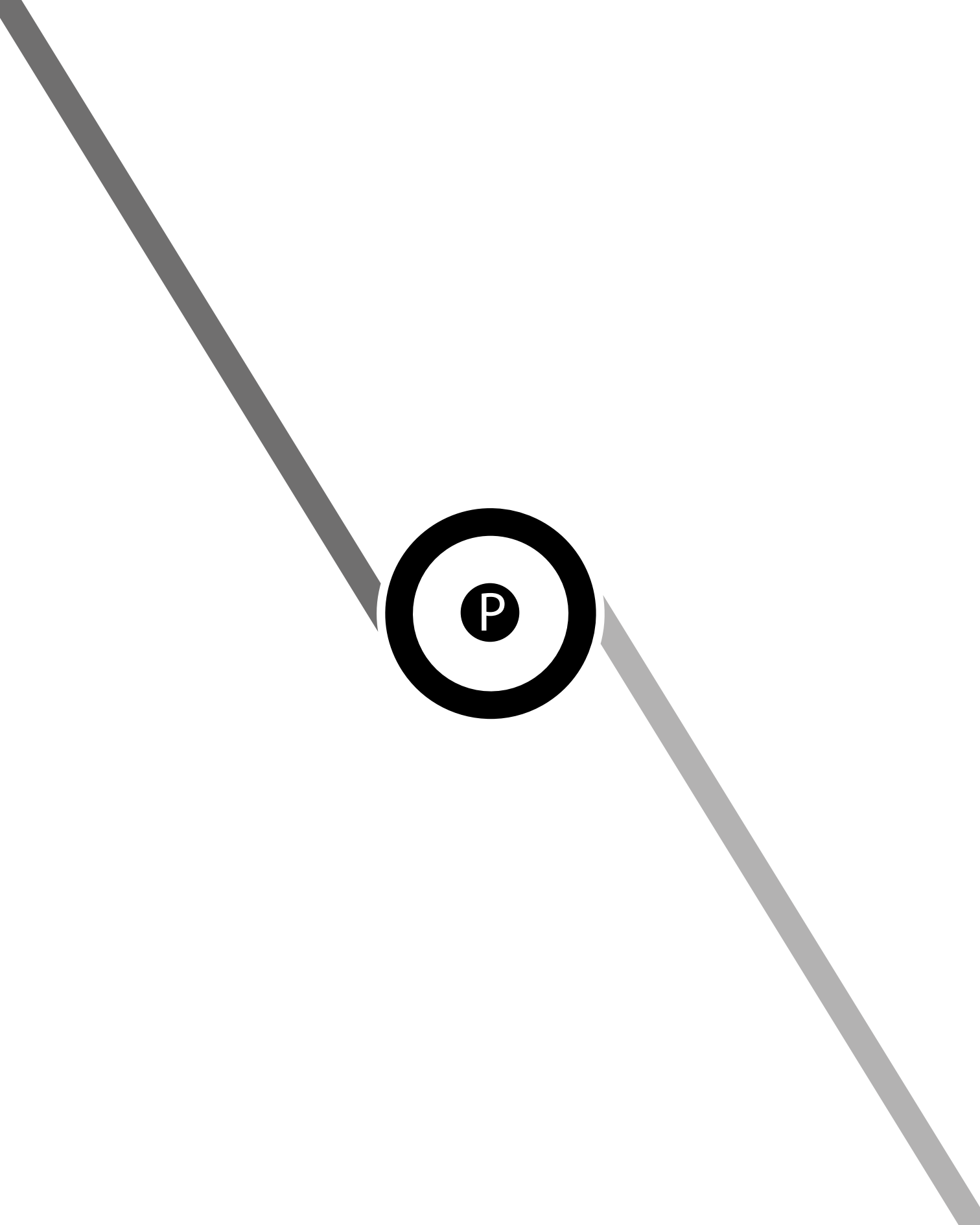
TINTA SUELTA

A CONTRALUZ

Amaya Giner Salinas (Ciudad de México, 1993). Escritora e ilustradora. Es licenciada en Literatura y Creación Literaria. Es autora de la novela *Muriel* (2018). Ha publicado en diversos medios impresos y digitales. Ha sido editora, redactora y correctora de estilo independiente.

Instagram: [limona.giner](#)





D

